

MI LIBRO FAVORITO





00026412

B

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 15 de junio de 1917.

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.
Scris. Canc.

DERECHOS RESERVADOS

VILLA BALLESTA
BIBLIOTECA
COLLECCIO D'ESTAMPES

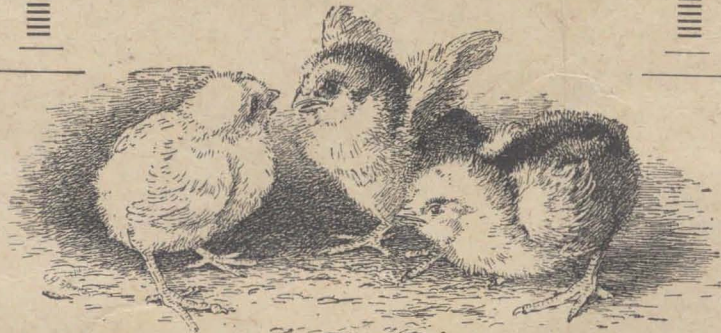
BIBLIOTECA PARA NIÑOS

B
I-4

MI LIBRO

FAVORITO

S. H. HAMER



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, Editor.
Provenza, 93 a 97



m



¡POBRE PAJARITO!

MI LIBRO FAVORITO

LA SUBSTITUTA DE JUANITA

No diré que resulte muy agradable tener el sarampión, pero siempre agrada oír en los labios del médico, después de vencida la enfermedad, las palabras siguientes:

—¡Una temporadita de cambio de clima, y la niña quedará como si tal cosa!

Sentencia agradabilísima, que lleva consigo el almacenamiento de los libros en el rincón más escondido del armario, el arreglo del baúl, y el placer de vivir un mes en el campo, libre de las impertinencias del colegio.

La perspectiva del viaje encantó a Claudina Pérez antes mismo de emprenderlo, y si la encantó antes, cuando hubo saboreado sus delicias, se extasiaba recordándolas y anhelando que llegase la hora de disfrutar de ellas otra vez. En primer lugar, si no hubiese pasado ella una temporada en la casa de campo, no habría tenido el placer de conocer a Juanita, ni habría aprendido las mil cosas, a cual más curiosas, que las flores hacen, ni habría sabido cómo se crían y alimentan los pollos, ni habría adquirido otra porción de conocimientos útiles.

Claudina Pérez vió por primera vez a Juanita al día siguiente de haber llegado a la casa de campo, en ocasión en que estaba apoyada en el alféizar de la ventana, contemplando los pollitos que andaban por el corral. Divertíase siguiendo con la vista los incidentes de las riñas que a cada paso emprendían las viejas gallinas, cuando hizo su aparición en aquella escena una niña de aspecto extraño, de piernas delgadísimas y pies desmesuradamente largos y con una cara tan parecida a la de su muñeca holandesa, que sólo le había costado diez céntimos, que se habría dicho que las dos eran hermanas. Vestía una falda azul listada, adornaba su cabeza una curiosa gorra blanca, y llevaba en las manos un cestito lleno de granos de trigo que esparcía por el corral, para el almuerzo de los pollos. Momentos después, se oyó una voz:

—¡Juanita! ¡Juanita!

—¡Voy, señora! — contestó la interpelada.

Y desapareció.

—¡Qué niña tan curiosa! — pensó Claudina.

En cuanto se acabó de vestir, Claudina bajó corriendo la escalera y encontró otra vez a la niña que le había llamado la atención, y que llevaba entonces al corral un cubo de agua.

—Es Juanita — dijo la señora Martínez, mujer del encargado de la casa de campo.

Juanita se sonrió con timidez, hizo una reverencia, se arrodilló y principió a fregar el suelo.

Estrecháronse las relaciones entre Claudina y Juanita, y no tardó mucho en que las dos se hicieran muy amigas. Claudina quería a Juanita más que a Lucía Martínez, no obstante ser ésta tan linda; pero como, por otra parte, era ya muy crecida, disponía de poco tiempo para entretenerse en largas conversaciones con las niñas. Era Juanita una de las niñas huérfanas recogidas en el Asilo de la población, e iba diariamente a la casita de campo, donde trabajaba con todas sus fuerzas y buena voluntad. Sus ocupaciones eran múltiples, y, a pesar de sus pocos años, ayudaba a la señora Martínez con tanta eficacia que varias veces confesó ésta que no sabría qué hacer si no tuviera a su lado a la niña. Cuando la casa rebosaba de huéspedes, y arreciaba, como es natural, el trabajo, Juanita revoloteaba en ella como una laboriosa abejita.

Empero, por muy atareada que estuviera, por muchas que fuesen sus ocupaciones, jamás le faltaba tiempo para dedicarlo a Claudina, a la cual contaba cosas verdaderamente admirables. Decíale que la pamplina es el reloj del pobre, porque cierra sus flores en cuanto se pone el sol; que en las corolas azules de las pervincas se encierran diminutas brochas de pintor; que cuando las pavas arman mucho ruido dicen: « ¡Ven aquí... ven aquí! » Le enseñó a hacer cadenas de margaritas y látigos de junco, habilidades completamente nuevas para la niña de la ciudad. Claudina seguía a Juanita a todas partes, la contemplaba cuando estaba entregada a sus faenas, cuando daba de comer a los pollos, cuando limpiaba con leche el mármol del aparador para darle un hermoso color obscuro, cuando frotaba el piso del salón hasta dejarlo blanco como si la madera estuviese recién trabajada, cuando recogía las frutas, cuando desgranaba las judías, en una palabra, cuando hacía cualquiera de las mil tareas que le estaban confiadas. Cuanto más largos eran los días, tanto mayor era el placer de Claudina.

Una mañana, llegó Juanita excitadísima a la casa de campo. Dijo que al día siguiente iba a haber una espléndida fiesta; que todos los huérfanos irían en grandes coches a la playa inmediata, en la que pasarían el día jugando a su gusto.

—¿Y vas a ir tú también? — preguntó Claudina, que había escuchado la conversación.

—¡No, señorita! — contestó Juanita con calma—. Tengo mucho que hacer.



Se hincaron las dos en el piso, y ¡ con qué ardor trabajó Claudina! (Pág. 8.)

Siguieron algunos minutos de silencio, al cabo de los cuales la señora Martínez dijo:

—Mucho me temo, Juanita, que no me sea posible prescindir mañana de ti; ¡ya ves! ¡tenemos tantos huéspedes!... ¡y tanto que hacer!

—¡Déjela ir, señora! — exclamó Claudina—. Yo trabajaré, yo la reemplazaré. Sé hacerlo todo... ¡Déjela ir!...

La señora Martínez no pudo menos de reír, mientras hacía signos negativos con la cabeza; pero con tanta insistencia pidió Claudina que se concediera un día de asueto a su amiguita, que, al fin, la señora dijo:

—¡Vaya! ¡Concedido! Puedes ir a la fiesta, Juanita. Ya saldremos nosotros del paso como Dios nos dé a entender.

Tal alegría fulguró en los ojos de Juanita, y con tanta efusión dió las gracias a la señora Martínez y a Claudina, que, al verla, cualquiera habría creído que acababan de concederle, no un día, sino un mes de vacaciones.

Claudina se levantó muy temprano a la mañana siguiente, pero como todos andaban atareados y nadie recordaba su compromiso de reemplazar a Juanita, apenas si se fijaron en ella. Pero hete aquí que, al ir a hacer las labores propias de Juanita, se encontraron, con la sorpresa que es de suponer, con que alguien se les había anticipado.

—¿Quién ha dado de comer a los pollos? — preguntaba uno.

—¿Quién ha traído la leña? — exclamaba otro.

—¿Quién ha sacado agua del pozo y ha desgranado las judías?

Mientras se hacían todas estas y otras preguntas análogas, en un mar de confusiones, acertaron a ver a Claudina, y entonces se echaron a reír, pues la niña estaba excitadísima, colorada como un tomate, empeñada en transportar con ambas manos un cubo de agua que no quería dejarse llevar. Sus colores subieron de punto cuando vió fijas en ella las miradas de todos.

—Dije que yo iba a hacer todo lo que suele hacer Juanita—explicó la niña.

—¿Y qué vas a hacer ahora? — preguntó Lucía.

—A limpiar el piso del salón — respondió Claudina.

Todos soltaron nuevamente la carcajada.

—No podrás hacerlo—dijo Lucía, moviendo la cabeza.

—Déjame que pruebe — pidió Claudina, en tono suplicante—. Sé muy bien cómo se hace.

Como no había en la casa quien no idolatrara a Claudina, al fin Lucía no pudo oponerse a sus ruegos.

Se hincaron las dos en el piso, y ¡con qué ardor trabajó Claudina! Tres tablas frotó, dejándolas completamente blancas, mientras Lucía limpiaba cuatro. Sus mejillas tomaron el color de la amapola, sus brazos se cansaban, el cabello se empeñaba en taparle los ojos, pero la niña frotaba sin descanso; y si sus tablas quedaron un poquito más

una huérfana, compañera de colegio de Alicia, cuya linda carita aparecía constantemente nublada por una expresión de tristeza. Desde el día en que se vieron por primera vez, la triste orfandad de María llenó de tierna compasión el corazoncito de Alicia, la compasión no tardó en trocarse en cariño, y el cariño en amistad estrechísima.

En la solemnidad de una nochebuena fué cuando María conoció



Examinó Alicia la muñeca... (Pág. 12.)

a Diana, que adornaba una de las ramas más altas del árbol de Navidad, y rogó a Alicia que le permitiera acariciar esa beldad sonriente. Toda la velada se la pasó sentadita, teniendo estrechamente abrazado lo que para ella era un tesoro de inestimable precio. Cuando, terminada la fiesta, María, que no tenía familia, regresó al colegio donde pasaba tristemente las vacaciones con la directora, sintió Alicia tanta compasión por ella que expuso a su mamá que había resuelto economizar cuanto dinero pudiera hasta reunir la cantidad suficiente para regalar a María una muñeca exactamente igual a Diana. Aprobó y

hasta alabó su mamá esa determinación, y los cincuenta céntimos que Alicia encontró en su media a raíz de la visita que días después le hicieron los Reyes Magos, pasó incontinenti a su alcancía, a la espera de que se le agregasen diez céntimos más. La niña guardó con solicitud de avaro toda su renta semanal, que era de cinco céntimos, amén de algunos otros que recibía con motivo de sucesos o festividades extraordinarias; y precisamente la víspera del día que Tomás le mostró los gatitos, había tenido la satisfacción de ver reunida en su bolsa la peseta apetecida.

Durante el almuerzo, la peseta y los gatitos de Tomás se agitaron, y bailaron, y saltaron confundidos en la imaginación de Alicia con no poca ansiedad de ésta, y cuando, terminada la comida, ocupó en el carruaje un asiento junto a su mamá, estaba tan excitada que sus mejillas apenas se diferenciaban en color del vestidito y sombrero que llevaba, ambos de hermoso color rojo.

— ¡Mamá! — exclamó la niña—. ¡Vamos a comprar la muñeca!

Accedió la mamá, el coche se detuvo momentos después frente a la puerta de un bazar de juguetes, y Alicia corrió hacia el mostrador, asiendo amorosamente la bolsita que contenía la peseta.

Entonces principiaron los apuros de la pobre niña. La tienda era un verdadero mundo de muñecas, vestidas y desnudas, rubias y morenas, hermosas y feas, sonrientes y melancólicas, niños llorones de bocas abiertas y ojos cerrados, pero todo valía mucho más de lo que Alicia podía gastar, y por añadidura, no veía una sola muñeca que se pareciese a Diana. Al fin se aproximó una joven a servir a la niña, y luego que la mamá le hubo explicado lo que Alicia deseaba, dijo que con toda seguridad debía haber en el bazar una muñeca que satisficiera los deseos de la niña. Alicia ocupó una silla que para ella aproximaron al mostrador, y poco después volvió la empleada con varias muñecas.

— ¿Hay entre éstas alguna que valga cincuenta céntimos? — preguntó Alicia impaciente.

— Sí, niña — contestó la empleada—. Esas valen cincuenta céntimos cada una; y esta otra, una peseta.

Examinó Alicia la muñeca de una peseta, y vió que era el vivo retrato de Diana; seguramente sería su hermana gemela. El carmín subido de sus mejillas se acentuó más aún mientras devoraba con los ojos a las tres muñecas sin resolverse a hacer su elección, porque la imagen de los gatitos rondaba insistente por su imaginación, y esa imagen era verdaderamente tentadora.

— ¡Qué delicia, si pudiera comprar la muñeca y el gatito! — pensaba—. ¡Y la verdad es que la muñeca que vale cincuenta céntimos es monísima, y, además, María ignora que yo tenía la intención de regalarle una que se sonriera como Diana... no había podido saber eso,



porque, como yo quería darle una sorpresa, ni siquiera le he dicho que pensaba regalarle una muñeca!

Tomó en sus manos la muñeca de cincuenta céntimos resuelta casi a quedarse con ella, y la examinó con más detenimiento que antes. La sombra de tristeza que había advertido ya en la carita de esa muñeca parecía haberse acentuado.

—¡Y precisamente lo que encanta a María es la sonrisa de Diana! —pensó dirigiendo nuevamente sus miradas a la muñeca de una peseta, que la encargada de la venta tenía en su mano.

Mucho rato permaneció Alicia sentada sin hablar palabra, contemplando ora una muñeca, ora otra, mientras la mamá continuaba de pie a sus espaldas y la empleada esperaba su decisión. Al fin acudieron a la memoria de la niña las lágrimas que llenaban los ojos de María cuando ésta trataba de describirle la sonrisa de su adorada mamá, y este recuerdo hizo llorar de simpatía a sus ojos; entonces, tomando la peseta que contenía su bolsita, la dejó sin hablar palabra sobre el mostrador. Luego, se bajó de la silla y se retiró a un rincón de la tienda, donde estuvo hasta que se le secaron las lágrimas.

Alicia no dijo una palabra en todo el viaje hasta su casa, y al pasar por delante de la casita de Tomás, fijó sus miradas en la caja de cartón en que llevaba la muñeca, procurando olvidar los gatitos.

Detúvose el coche frente a la puerta del colegio, donde se quedó la niña para entregar el regalo a su amiguita.

—Esta tarde merendarás conmigo en el salón—le dijo la mamá al separarse.

Y Alicia, que sentía especial placer cuando la permitían merendar en el salón, se sonrió satisfecha y envió un beso a su mamá, en el momento que arrancó el carruaje.

Media hora más tarde entraba Alicia en su casa, con los ojos radiantes de alegría.

—¡Oh mamá querida! ¡Cuán contenta estoy de mí misma! ¡Si la hubieras visto a María! Reía y lloraba a un tiempo... me besaba, me... ¿Qué es eso, mamá?

La niña se quedó con la boca abierta, sin poder terminar su frase, porque acababa de ver junto a su mamá uno de los sedosos gatitos de Tomás, que llevaba en el cuello una cinta de color rosa.

EL GIGANTE CRISTÓBAL

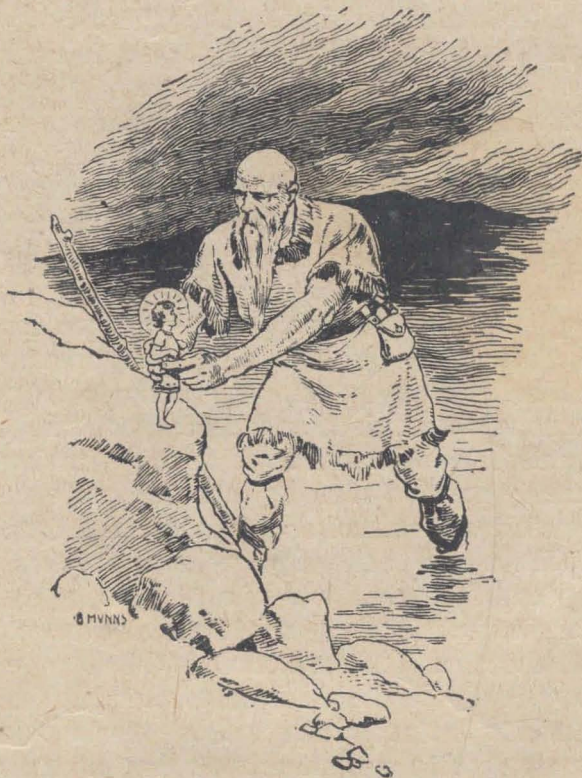
Hace muchos años... ¿qué digo?... años, no; por lo menos hace quince siglos, vivía un gigante desaforado que se llamaba Ofero. Si me preguntan ustedes por su talla exacta, confieso que me pondrán en grave aprieto, pues algunas de las historias que se han escrito sobre él le atribuyen una estatura tan colosal que me resisto a creerla verdadera. Pero, en fin, dejando esta duda sin solución, diré que era alto, muy alto, robusto, muy robusto, y que estaba orgulloso, muy orgulloso, de sus descomunales fuerzas. En cuanto alcanzó todo su desarrollo corporal, se propuso no servir sino al rey más poderoso de la tierra. Al principio, como ignoraba que en el mundo había reyes más temibles que el de su patria, se consagró al servicio de éste y contribuyó eficazmente a hacerle ganar no pocas victorias. Un día llegó a sus oídos que, en un territorio situado al otro lado de los mares, reinaba un monarca incomparablemente más fuerte y poderoso que el suyo propio; y, consecuente con su propósito, renunció a la alianza con su rey, dió al olvido la gloria conquistada en su patria, y partió en busca de un nuevo señor a quien servir. Que sus servicios serían aceptados, era cosa que tenía por segura, sabedor de que a la fuerza se la estima en todas partes. Al cabo de largo y penoso viaje, llegó un día frente a los muros de un soberbio castillo, en el cual encontró al rey que buscaba. Este, que era uno de los más belicosos, recibió con agasajos a Ofero; pero nuestro gigante, antes de comprometerse a entrar en su servicio, quiso saber si el rey tenía algún enemigo que le inspirase temor por ser más fuerte y poderoso que él.

La pregunta arrancó risas marcadamente despreciativas al rey, quien le aseguró que su solo nombre bastaba para hacer estremecer de terror al mundo entero. Ofero se incorporó entonces al regimiento favorito del monarca, y tomó parte en una infinidad de hechos de armas y de portentosas conquistas.

Todo fué bien por espacio de mucho tiempo. Llegó un día en que en el palacio real se celebraba una brillante fiesta para festejar no sé qué hazaña gloriosa. Príncipes y señores acudieron de todas partes, ávidos de ofrecer al rey el homenaje de su fidelidad y de participar en la fiesta, que prometía ser muy divertida. Bullían los invitados por los lujosos salones del palacio, unos hablando de los placeres de la mesa, otros de diversiones y pasatiempos, y los más, de hazañas guerreras y hechos heroicos. Ofero, que no perdía una palabra de los relatos que sin interrupción se sucedían, pudo observar que toda vez que se pro-

un rey más poderoso que yo. Se llama Jesucristo, y murió clavado en una cruz, símbolo que hoy se ha enseñoreado del mundo y es testimonio fehaciente del amor infinito que el Salvador profesa a la humanidad. Pero has de tener presente, que su reino es un reino de bondad, de justicia, de pureza de corazón, y que los que le sirven tienen que ser puros, justos y buenos. Un hombre como tú no podría figurar entre los elegidos por Él.

—De todas maneras, le buscaré — dijo Ofero—. Tal vez mis fuerzas podrán serle de alguna utilidad.



Allí encontró a un hermoso niño de dulce mirar... (Pág. 19.)

Muchos y grandes fueron los improprios que el gigante tuvo que oír entonces, pero, fiel a su propósito de no servir sino al más fuerte, volvió la espalda a Satanás y prosiguió su camino solo.

Atravesó leguas y más leguas, preguntando en todas partes dónde podría encontrar a Jesucristo. Nadie le dió razón. Al fin, una noche, cuando ya principiaba a desconfiar de ver logrado el objeto de sus pesquisas, acertó a tropezar con la gruta que a un ermitaño servía de morada.

— ¡Hijo mío! — le dijo el viejo, luego que se hubo enterado de su

historia y del objeto a que había consagrado su vida—, para encontrar a Cristo, sólo un camino existe. Dar con el pie al mundo, y hacer una vida de privaciones, de penalidades y de oraciones, en alguna celda solitaria.

—Ese camino está cerrado para mí — objetó Ofero—. Sólo una cosa puedo poner a disposición del rey que busco, y esa cosa son mis fuerzas.

Meditó largo rato el ermitaño y contestó al fin :

—Puede que también sirvan para el objeto tus fuerzas excepcionales; mañana continuaremos esta conversación.

Llegada que fué la mañana siguiente, el anacoreta condujo a Ofero a través de un áspero desierto cruzado por un río anchuroso, de corriente violenta.

—Son muchos los peregrinos — dijo — que tienen que cruzar este río si quieren visitar la ciudad Santa. No hay puente ni barca, y el vado es muy peligroso siempre, sobre todo cuando el río está crecido. Si te decides a vivir aquí, consagrando tus fuerzas a transportar de una orilla a otra a los débiles que desean visitar la ciudad, servirás a Jesucristo y algún día tendrás la dicha de verle.

El gigante aceptó la proposición, y principió por construirse una choza a la orilla del río. No lejos de la choza había un bosque en el cual escogió el árbol más alto y fuerte que pudo encontrar, y después de cortarle las ramas, lo convirtió en bastón, que sería para él de utilidad cuando transportase peregrinos durante las crecientes del río.

Pasaron meses y pasaron años, dejando huellas de sus manos destructoras en los sólidos miembros del gigante, no obstante lo cual, éste seguía cumpliendo con fidelidad y paciencia la obra a que había consagrado su vida. Y pasaban más años todavía, y el Rey que con tanta ansia deseaba ver Ofero no parecía por ninguna parte. Una noche regresó a su choza rendido por el trabajo del día y se tendió sobre su dura tarima para dar reposo a sus miembros. Silbaba el viento en el exterior, bramaban las turbias aguas del río, cuando de pronto llegó a sus oídos una voz de niño, voz dulcísima como una melodía, y el anciano Ofero, levantándose inmediatamente, abandonó la choza y se dirigió a la orilla del desbordado río. Inútil fué que buscase por todas partes al niño; la ribera estaba solitaria, y nuestro hombre volvió a tenderse sobre la tarima.

—Habrás sido un sueño — pensó, al disponerse a reanudar el interrumpido sueño, pero otra vez oyó los mismos acentos, aunque más claros, más precisos que anteriormente.

—¡Querido gigante! ¡Llévame, por favor, a la otra orilla!

Otra vez salió, y otra vez tuvo que regresar a su choza chasqueado y caviloso. La voz del niño hirió entonces sus oídos por tercera vez.

—¡Estará en la otra orilla! — se dijo a sí mismo.

Empuñó su fiel bastón, y metiéndose en las revueltas aguas del río, cruzó hasta la margen opuesta. Allí encontró a un hermoso niño de dulce mirar, medio envuelto en los tules de la noche, que esperaba su llegada. Colocó al niño sobre sus robustos hombros y penetró en el río. Subía, subía el nivel de las aguas, y entretanto crecía, crecía el peso del niño, llegando a ser tan considerable que, si el mundo entero hubiera estado sobre las espaldas del gigante, ni los miembros de éste habrían temblado más convulsivamente, ni el ingente árbol en que se apoyaba, doblado como flexible arco, habría corrido mayores riesgos de quebrarse. Creyéndose irremisiblemente perdido, pidió auxilio a voces, no quedando éstas desoídas, pues sintió nuevas energías que le permitieron llegar sano y salvo a la margen opuesta.

Una vez en terreno firme, díjole el niño:

—¡Fiel y denodado servidor! Yo soy Jesucristo. El Rey que con tan vivas ansias deseas conocer desde hace tantos años. En lo sucesivo, no te llamarás Ofero, sino Cristóbal, que significa Portador de Cristo. Clava tu bastón en la orilla del río, y mañana lo encontrarás cubierto de hojas y hermosas flores. Es para que te convenzas de que lo ocurrido esta noche es real y no soñado. En lo sucesivo, no cifres tu esperanza en las fuerzas físicas, que flaquean cuando envejecen los miembros, sino en Mí. Presta oídos a las inspiraciones de tu corazón, que son las que te guiarán, robustecerán y conducirán a mi reino.

Lo primero que vió Cristóbal al despertar a la mañana siguiente fué un árbol frondoso cubierto de flores, que inundó de alegría su corazón. Andando el tiempo, el gobernador de la ciudad inmediata le ordenó que renunciase a la fe que profesaba y, como Cristóbal se negara a obedecerle, y desdeñase sus promesas y despreciase sus amenazas, hízole morir en la hoguera, proporcionándole así la dicha de dar la vida por su Rey, que era realmente el más fuerte y temible de todos.

LOS BORRICOS CARIÑOSOS

—¿Quieren ver ustedes los borricos? — preguntó el señor Antonio, mayordomo de la casa de campo, a Paquita y Luisito, a poco de haber llegado ambos para pasar el verano.

—¡Oh, sí! — contestó Luisito.

—Tenemos dos en el establo — continuó el señor Antonio—, que creo van a gustarles.

—¿Podemos verlos ahora mismo? — preguntó Paquita.

—¡Ya lo creo!

Dichas estas palabras, el mayordomo enderezó sus pasos en direc-

ción a la parte posterior de la casa, donde, convenientemente alojados en un establo, había dos pollinos preciosos, de pelo casi negro, que, sin hacerse rogar, aceptaron unos cuantos cardos de manos del señor Antonio.

—¿Son suyos? — preguntó Paquita.

—Sí, hace muchos años que los tengo — contestó el señor Antonio.

—¿Cómo se llaman? — terció Luisito.

—*Moro* y *Orom*.

—¿*Orom*? ¡Qué nombre más raro! ¿Es, acaso, algún pseudónimo?

—Ignoro si será lo que usted dice; sólo puedo manifestarle que, como llamábamos al primero *Moro*, dimos al segundo el nombre de *Orom*, es decir, el mismo nombre leído al revés, para que no se tuvieran envidia el uno al otro.

—¡Ah! — exclamó Luisito—. No había caído en la cuenta de que *Orom* era *Moro* leído al revés.

—¿Podríamos montarlos? — preguntó Paquita, con acento anhelante.

—¡Claro que sí! Todas las mañanas, a las ocho, están ya en la playa; y, desde luego, puedo asegurarle que éstos son los mejores borricos que hay en todo el pueblo.

Mientras los niños acariciaban a los pollinos, el señor Antonio les explicó que, ocho años antes, había comprado en una feria a *Moro* y a *Orom*, que desde entonces habían vivido siempre juntos, y que les causarían gran contrariedad tener que separarse.

—Procuro llevarlos siempre juntos, porque así andan muy bien— terminó diciendo el señor Antonio—; pero toda vez que hay que hacerles tomar direcciones opuestas, se muestran recalcitrantes, andan de mala gana o se niegan a avanzar, y no cesan de llamarse.

Paquita y Luisito se retiraron a la cama, contentísimos del hallazgo de tan simpáticas cabalgaduras, y prometiendo que al día siguiente bajarían a la playa inmediatamente después del desayuno.

No hay que decir que cumplieron su palabra. Al día siguiente, antes de las ocho, aparecían montados sobre anchas albardas y empuñando las riendas; Paquita cabalgaba sobre *Moro*, y Luisito sobre *Orom*. Este último tenía un poquito de miedo al principio, pues era la primera vez que andaba a caballo, pero cuando vió lo gallardamente que montaba Paquita, que al fin y al cabo era una niña, «por más que le aventajase en tres años» (así raciocinaba él), resolvióse a ser también bravo y gallardo, y no tardó en trotar por la playa, agitando la mano para despedirse del señor Antonio.

Varias son las distracciones que la playa proporcionaba; en ella se podía tomar baños, chapotear, pescar, construir casitas de arena, y mil cosas más; pero nada divertía tanto a los niños como trotar en los alegres borricos. Ni un solo día pasó sin que se entregasen a esta distrac-

ción, aunque la verdad es que hasta el final de la estación veraniega no se les ocurrió nunca correr una carrera seria. Veamos cómo sucedió esto.

Cansados ya de andar por la playa, disponíanse a entregar los borricos al señor Antonio, cuando hirieron sus oídos gritos desgarradores, y tendiendo en derredor sus miradas, vieron a una señora que a fuerza de mimos y caricias trataba de arrancar de la arena en que estaba sentada a un niña de pocos años, obstinada en no moverse. Paquita y Luisito se pusieron a observar la escena, no siéndoles difícil comprender que la niña deseaba algo con verdadera ansia, puesto que bregaba con tal energía que ni a viva fuerza era posible levantarla.

Al cabo de algunos minutos de lucha desahogada parece que la pobre señora llegó a perder la esperanza de dominar a la intrépida llorona; pero, habiendo advertido la presencia de Paquita y Luisito, dejó sobre la playa su enojosa carga, y se aproximó a los niños.

—Mucho les agradecería que me hiciesen un favor—dijo—; mi pobre hija tiene un disgusto atroz. Ha dejado olvidada la muñeca en una roca que hay en el extremo de la playa, y no tengo tiempo para ir a recogerla.

—¡Yo iré por ella! — exclamó vivamente Paquita.

—¡No, no! ¡Iré yo, que haré el camino en menos tiempo!—gritó Luisito.

—¡Yo soy mayor que tú! — objetó Paquita.

—¡Pero más pesada! — repuso Luisito.

—Mejor será que vayan los dos — terció la señora, riendo—. Si yo estuviera en su lugar, organizaría una carrera para ver quién de los dos llegaba antes.

Sonrió el señor Antonio demostrando que había comprendido la segunda intención de la señora, pero los niños acogieron entusiasmados la idea de medir sus fuerzas en la carrera y sólo esperaban la señal de partir.

—Supongo que no habrá ningún peligro—dijo la señora al señor Antonio.

—Ninguno, señora, salvo que los borricos quieran darme un chasco—contestó el señor Antonio.

—¡A la una... a las dos... a las tres!—gritaron los niños, y partieron sin pensar más que en la victoria.

—¡Animo, *Orom!*—gritaba Luisito.

—¡Adelante, *Moro!*—exclamaba Paquita.

No parecía sino que los borricos tenían conciencia de los deseos de sus respectivos jinetes a juzgar por la furia con que corrían. Paquita animaba a gritos a su cabalgadura, mientras Luisito no dejaba descansar el extremo de sus riendas, pero los borricos continuaban a

la par, sin que nada ni nadie los obligase a hacer un esfuerzo por aventajarse el uno al otro.

— ¡Estúpido borrico! — gritaba desesperada Paquita—. ¡Te he de obligar a ganar la carrera aunque no quieras!

Sus esfuerzos parecieron tener al fin alguna eficacia, pues *Moro* cargó desesperadamente y logró adelantar a su contrincante; mas, ¡oh desgracia! momentos después alzó las orejas, cual si estuviera escuchando alguna conversación interesante, disminuyó la velocidad de la marcha, y al fin volvió la cabeza y esperó tranquilo a que se le reuniese *Orom*.

— ¡Imbécil! — chillaba Paquita, tratando de azúzarle.

Luisito no cesaba de reír, sin dejar de animar a *Orom*.

Llegó un momento en que todo hacía presumir que la victoria sería de *Moro*, pues de pronto éste comenzó a galopar tomando buena delantera a *Orom*, y la roca que iba a ser el fin de la carrera se veía ya muy cerca; pero otra vez acertó la marcha y esperó que lo alcanzase su compañero de tantos años.

A partir de ese momento, tan pronto galopaba delante *Moro* como *Orom*, con la particularidad de que, tanto el uno como el otro, en cuanto advertían que su compañero se quedaba atrás, moderaba su marcha hasta emparejar. En esta forma llegaron a la meta.

Cuando regresaron a la playa, los dos niños estaban colorados como amapolas.

— ¿Quién ganó? — preguntó el señor Antonio, en tono zumbón.

— ¡No ha querido ganar ninguno de los dos! — exclamó Paquita—. No hemos podido conseguir que se adelantaran solos.

— ¡Ya lo suponía yo! — replicó el señor Antonio—. Estos borricos están habituados a andar siempre juntos, y es tal el cariño que se profesan, que por nada del mundo consentirían en ganar una victoria que pudiera lastimar el amor propio de su compañero.

La señora rió de muy buena gana, y dió las gracias más expresivas a los niños por haberle llevado la muñeca. También Paquita y Luisito celebraron con risas la razón que se había opuesto a que alguno de los dos ganase la carrera.

HISTORIA DE UN CERDO DE MADERA

— ¡Si yo pudiera llegar a ser un héroe! — suspiraba un cerdo de madera, colocado en el escaparate de una juguetería.

— ¿Por qué te has de empeñar en ser romántico? — contestó su hermano gemelo, que estaba en el mismo escaparate y a su lado—. ¡Cualquiera diría que tienes corazón!

—¡Y diría la verdad, porque realmente lo tengo! — replicó el otro—. Podrá ser de madera... en eso no me meto, ni es mía la culpa tampoco... pero lo siento palpar dentro del pecho — y exhaló otro suspiro.

Resonó en el interior del escaparate una carcajada general. Un capitán, de aspecto fiero y torvo mirar, dispuesto a todas horas a desenvainar la espada por un quítame allá esas pajas, exclamó:

—¿Oyen ustedes? ¡Pues no pretende tener corazón ese cerdo de palo! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Y hasta dice que desea ser un héroe! ¡Jo, jo, jo, jo!

Una muñeca lindísima, recién llegada de París, volvió con gracia la cabeza, y sonriendo con sonrisa de ángel, dijo:

—¡Ah, mi querido señor Marrano! Siga usted mi consejo... ¡No tenga usted corazón!... ¡no, no! Eso no sirve más que para causar sufrimientos... ¡sí, sí! Y en cuanto a ser héroe, tampoco me parece la cosa muy apetecible, pues las heroicidades suelen estar acompañadas siempre de molimientos de huesos; ¿quiere decirme usted para qué sirven los molimientos de huesos?

La señora francesa pronunció como una carretilla el discurso precedente, y el cerdo de madera apenas si entendió una palabra. Bien es verdad que tenía cierta prevención contra las muñecas tan finas, tan elegantes, tan lujosamente ataviadas, como la que le estaba hablando.

Al propio tiempo, embargaba en aquel momento su atención un niño de mejillas sonrosadas que, materialmente pegado al cristal del escaparate, no apartaba sus ojos de su hermano gemelo y de él mismo. No cabía duda de que el niño sentía verdadera fiebre por poseer los cerdos de madera, y tanto él como su hermano estaban tan bien hechos que todo el que los veía esperaba oírlos gruñir.

Un minuto después entraba el niño en la tienda, acompañado de una señora de aspecto amable, aunque pobremente vestida, y de un hombre que trascendía a marinero a cien leguas de distancia.

Salióles al encuentro un dependiente, más que medianamente sorprendido. Se veía que no eran aquéllos los compradores que de ordinario visitaban la tienda.

—¡Tío Ricardo! ¡Quiero uno de esos cerditos que hay en el escaparate!

—¡Pero, criatura, si deben valer un dineral!—dijo la mujer—. ¡No le haga caso, Ricardo! ¡Es un juguete demasiado valioso para un niño como él!

El tío Ricardo, que caminaba como si estuviera a bordo de un barco azotado por rudo vendaval, movió el brazo con aires de rey.

—¡Mi querida Francisca! ¡Eso es asunto mío! Si vale un dineral, con poner dinero encima estamos al cabo de la calle. Mi sobrino quiere un cerdo de madera; ¡pues tendrá un cerdo de madera! Oiga us-

ted, joven — prosiguió dirigiéndose al dependiente—. ¡Hágame el favor de sacar aquellos animales de allá, y decirme cuánto valen! ¡Santiaguito! ¡anda, elige! ¡Cuál te gusta más?

Santiaguito, presa de ansiedad y de júbilo, no podía hablar siquiera. Largo rato paseó sus miradas, con los ojos desmesuradamente abiertos, de un cerdo a otro. La verdad es que ni en sueños se le había ocurrido jamás que podía llegar a poseer un juguete tan precioso.

El tío Ricardo, desembarcado poco antes, permanecía a su lado, revolviendo entre sus anchas manos algunas monedas de oro.

— ¡Vamos, almirante! — exclamó, sonriendo.

— ¡Santiaguito, decídetelo! ¡Los dos son iguales!

— ¡Me llevo éste! — balbuceó el niño, asiendo el cerdo romántico—. No hace falta que lo envuelvan.

Pagó el tío Ricardo y salieron todos de la tienda.

El hermano del cerdo se hubiera vuelto de buena gana de espaldas a haberlo podido hacer, para no ver la partida del que salía en manos del niño.

— ¡De buena he escapado! — murmuró—. Me habría sido imposible vivir entre semejantes personas. El hombre no es más que un marinerote de lo más ordinario, y el niño tiene los zapatos remendados. Me parece que yo estoy destinado a representar un papel más brillante que todo eso.

Y así fué en efecto, pues el mismo día, el cerdo positivista pasó a manos de un niño elegante. Desgraciadamente, este caballero tenía demasiados juguetes para que lo inquietase uno más, y antes que hubiera transcurrido una semana, el pobre cerdo quedaba arrinconado en lo más oscuro de un armario, después de haber perdido sucesivamente el rabo y dos patas. Tal fué su desastroso fin.

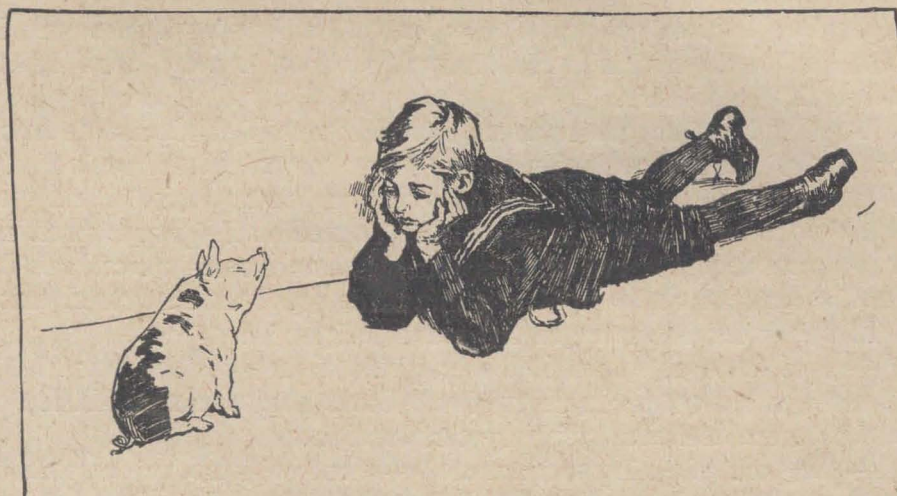
El cerdo romántico fué a vivir con Santiaguito y su mamá a una linda casita solitaria, arrullada por el murmullo de las aguas del mar. Su papá había sido un marino que halló la muerte en un naufragio, dejando desamparada a la pobre viuda y a su tierno hijo, que lo hubiesen pasado seguramente muy mal si no hubiera acudido en su auxilio el tío Ricardo.

El cerdo de madera fué tratado con inmenso cariño, y su propietario, por alguna razón que no comprendemos, le puso el nombre de *Brincador*.

— ¡Ojalá estuvieras vivo, *Brincador*! — repetía Santiaguito a cada momento—. ¡Cuántas cosas te diría!

— ¡También lo desearía yo! — contestaba el cerdo en voz tan baja, que Santiaguito no podía oírla—. ¡Qué lástima que no sea así! Tengo guardadas en el fondo del corazón tantas cosas que no puedo expresarlas. ¡Pero, por lo menos, tengo corazón, y esto ya es algo!

Un resfriado que atrapó Santiaguito, que lo retuvo en cama bas-



—¡Ojalá estuvieras vivo, *Brincador!*—repetía Santiaguito... (Pág. 24.)

tante tiempo, apenó tanto al pobre cerdo que seguramente se habría deshecho en lágrimas si no hubiera sido de madera dura. Mejoró el niño, y *Brincador* no se separaba de su lado; estaba siempre sobre una silla, junto a la cama, sin mover un solo músculo, sin pestañear, sin decir palabra. Su simpatía era profunda a más no poder, pero le era imposible expresarla.

—¡Si yo pudiera hacer algo por mi amiguito!—decía el cerdo para sus adentros—. ¡Es tan difícil que un cerdo de madera haga nada! Estoy desconfiando ya de que se me presente alguna vez la ocasión de ser un héroe.

El tío Ricardo se fué y regresó varias veces, pero al fin emprendió un viaje y nunca más se volvió a hablar de él. La mamá de Santiaguito, no logró saber si estaba vivo o muerto. Mientras tanto, crecía Santiaguito, se hizo un muchacho alto como un pino, y su destino era ser marino como su padre, como su tío. El mar lo llamaba con insistencia, y a la postre acudió al llamamiento, dejando en la casita de la playa a su madre, acompañada del cerdo de madera.

El sentimiento del pobre cerdo fué tanto más intenso cuanto que no le era dado expresarlo con palabras.

—¡Pobre señora! — pensaba—. ¡Diría yo tantas cosas que la consolarían, si tuviera lengua!

Fué una suerte que el cerdo de madera pudiera pasarse perfectamente sin comer, pues la verdad es que en la casita de la playa todo era escasez y privaciones. La pobre viuda economizaba, hasta sufrir hambre, en su afán de que el hijo encontrase su casa relativamente provista cuando volviese de su viaje.

—¡Si supiese Santiaguito lo que pasa — decía el leal cerdo de madera—, cómo se enfadaría!

Cayó enferma la pobre mujer, y fueron muchas las lágrimas invisibles que vertió el compasivo cerdo al verla solita, abandonada, sin tener quien la cuidase.

Llegó el invierno, un invierno crudo, con todo el séquito de calamidades que la mala estación suele traer a los pobres. El vecino más próximo de la viuda, que vivía a dos millas de distancia, solía ir a verla de tiempo en tiempo y la socorría en la medida de sus recursos. El cerdo de madera observó que los muebles estaban desapareciendo de la casita con alarmante rapidez, y una tarde sufrió un susto tremendo.

El buen vecino lo tomó en sus manos, diciendo:

—Aquí tiene usted un objeto que vale alguna cosilla: ¿qué falta le hace a usted un cerdo de madera? Como bonito y bien hecho, es realmente un dechado. ¡Si parece natural!...

—¡No, no! ¡De ninguna manera! — contestó apresuradamente la viuda—. ¡No puedo venderlo! Ahí tiene usted una silla que no me hace ninguna falta. Cómpremela usted.

Un día, al fin, llegó Santiaguíto a la casa llevando en sus manos un paquete bastante abultado, y balanceándose al caminar, exactamente lo mismo que su tío Ricardo.

Sonaban en su bolsillo, con alegre tintineo, algunas monedas, y el buen hijo sonreía complacido al pensar en el día feliz que iba a pasar en compañía de su madre y en los regalos que iba a hacerle.

La noche había cerrado cuando llegó frente a la casa solitaria y cubierta de nieve. Filtrábase un hilo de luz por la rendija de la ventana, y Santiaguíto penetró sin hacer el menor ruido.

Lo primero con que tropezaron sus ojos fué su madre, tendida en cama, en la cocina; el hogar aparecía frío y negro, la mesa y las sillas brillaban por su ausencia, todo ofrecía un aspecto de desolación y miseria.

—¡Santiago... hijo mío! — exclamó una voz débil.

—¡Hurra! ¡Hurra! — gritó para sus adentros el cerdo de madera.

Poco después, principió Santiaguíto a inspeccionarlo todo, y a meditar en la forma de remediar los estragos de la miseria.

—¡Pobrecita mamá! ¡Voy a encender lumbre en seguida! — decía, con cariño infinito—. ¡Pensar que has estado aquí enferma, sin que nadie te cuidase!

Brillaba el llanto en sus ojos mientras hablaba, y eso no pasó inadvertido para el cerdo de madera.

—Santiago es como yo — pensaba—; tiene un corazón tan grande como sensible.

El marino registró todos los rincones de la cocina.

—¡Mamá! ¡mamá! — exclamó con desaliento—. ¡Si no hay leña en ninguna parte!



—No, no hay leña; sólo queda un poquito de ~~carbón~~ —contestó con acento extenuado la madre.

—¡De una manera u otra encenderemos el fuego! — exclamó Santiaguito, fijando sus miradas en el cerdo de madera.

—¡Sí! ¡sí! ¡quérame! — gritaba el cerdo, arrebatado de entusiasmo—. Yo haré hervir la tetera. ¡Aquí estoy! ¡Quérame! ¡Quiero ser héroe!

Es de presumir que Santiaguito no oyese sus palabras; sin embargo, tomó en sus manos al cerdo, y salió del cuarto.

—¡Pobre *Brincador!* — decía, frunciendo los labios.

Momentos después había un buen fuego, en el que Santiago hizo la comida.

—Jamás he comido tan a gusto como ahora — dijo la madre sonriendo—. Lo que no acertó a comprender es cómo te has arreglado para encender el carbón sin tener ni un pedacito de leña.

Santiaguito sonrió también, sin decir palabra. Solamente el cerdo de madera habría podido solucionar ese misterio, y el cerdo de madera no podía hablar. ¡Había visto realizado su anhelo de tener un fin heroico!

EL CUCLILLO Y LOS DEMÁS PÁJAROS

Inmensa excitación había en el reino de las aves: ninguna estaba tranquila, todas volaban de una parte a otra con tremenda prisa, y era tan claro como la luz del sol que se preparaban importantes acontecimientos.

Aunque a primera vista la confusión era enorme, fijándose detenidamente se podía advertir que todas las aves volaban siguiendo idéntica dirección, y que, en consecuencia, iban hacia el mismo sitio. En una explanada extensísima que cruzaban las aguas de caudaloso río (elemento de primera necesidad para las aves acuáticas), estaban reunidos millares de pájaros. ¡Qué ruido! ¡Qué algarabía! gorjeos, pipíos, cloqueos, hucheos, silbidos, graznidos, arrullos, cuantos sonidos dulces o estridentes, armoniosos o desagradables se ha oído emitir a los pájaros, sonaban en aquellos parajes, formando estruendosa batahola. El flujo de volátiles que iba a desembocar en aquel lugar era constante e interrumpido, cada segundo se agregaban nuevas voces al clamoreo general, y en el último momento, cuando la hora de la cita estaba por sonar, la nube de alas que agitaban la atmósfera eclipsaba ya la luz del sol.

—¡Con qué impaciencia espero que principie la sesión!—decía la Cerceta a su vecina la Garza—. Estoy intranquila, pues he dejado abandonados mis huevos.

—¡Intranquila? ¡Bah! — exclamó la Urraca—. ¡No pierda usted la tranquilidad por tan poca cosa! ¡Dejó los huevos solos? Descuide usted; no les pasará nada. ¿A quién hacen falta sus huevos, señora? —y la obsequió, terminadas estas palabras, con una reverencia burlesca que la cándida Cerceta tomó por de buena ley.

—¡De pie! ¡De pie todo el mundo! — gritó el Gorrión—. ¡El Presidente! ¡El Presidente!

—La verdad es que, para rozarse con gente de esta clase—dijo el Mirlo, dirigiendo al Gorrión una mirada de menosprecio—, no valía la pena haber venido.

—¿Cómo? — exclamó el Gorrión, algo picado—. ¡No todos podemos ostentar el pico amarillo que usted luce! ¡Ja, ja, ja!

Procuró el Mirlo conservar su dignidad íntegra, pero, perdida la paciencia, hizo a un lado las conveniencias sociales y entabló con el Gorrión una discusión animada, en la cual intercaló no pocas frases que seguramente debía haber aprendido en algún cuartel.

Mientras tanto caldeábase la atmósfera, la agitación era tremenda, el ruido insoportable, tan grande que todos acogieron con un suspiro de satisfacción el huceo de la Lechuza, cuando dijo:

—Ruego a la concurrencia se sirva proponer al Cuervo que ocupe la rama de la presidencia.

Entre aclamaciones estruendosas dió un paso al frente el Cuervo, y, ocupando el lugar que le correspondía en un tronco, pidió a la asamblea que guardase silencio. Siguiéronle tres Lechuzas, provistas de sendas plumas de escribir necesarias para tomar apuntes y notas y que los Gansos les prestaron en vista de la solemnidad del acto, y después de una pausa suplicó el Cuervo al Cerrojillo que inaugurase los discursos.

El Cerrojillo avanzó y dió comienzo a su arenga. Empezó hablando en voz baja, muy baja, que arrancó al Caballo esta exclamación:

—¡No se oye! ¡Más alto!

La observación puso nervioso al orador, pero no tardó en recobrar el dominio de sí mismo, en dejarse llevar del entusiasmo, y pudo así terminar su discurso, hablando con elocuencia arrebatadora. Parece que lo había hecho víctima de una jugarreta que calificó de «cobarde y villana» una ave de otra familia que había puesto un huevo en su nido (en el del Cerrojillo), y el agraviado insinuó que sus sospechas recaían sobre el Cuclillo.

—No me había atrevido — decía el Cerrojillo en uno de los párrafos más brillantes de su oración — a imponer a ustedes la molestia de congregarse hoy aquí si fuera ésta la primera vez que me ocurre

semejante cosa ; pero, por desgracia para mí, no es así, ni mucho menos. Solicito el apoyo de mis amigos el Engañapastor, el Jilguero, el Verderón, la Alondra y cuantos simpaticen con mi causa. Casi todos ellos habrán sufrido agravios idénticos al que estoy lamentando, o, por lo menos, otros perjuicios, cuyo autor habrá sido con toda seguridad esa ave, si ave puede llamarse a un volátil que está tan fuera de lo natural. Si esta asamblea considera suficientemente probados los cargos que formulo, si el Cuclillo no logra, como no logrará, convencernos de



A continuación se levantó la Lechuza, y pidió la palabra... (Pág. 30.)

su inocencia, pido que se le expulse públicamente de la sociedad de las aves honradas, a las cuales deshonra su compañía.

Los concurrentes acogieron con estruendosos aplausos el enérgico discurso del Cerrojillo, a quien apoyó en seguida el Engañapastor. El discurso de éste fué difícil de seguir porque el orador no se estaba quieto ni un momento. No contento con sostener la acusación formulada por el que lo había precedido en el uso de la palabra, fulminó contra el Cuclillo dos cargos nuevos : el de sorberse los huevos de los demás pájaros, y el de ocasionar deliberadamente la muerte de los polluelos que ocupaban los nidos donde ponía su huevo. Esta acusación

tremenda produjo en el auditorio una sensación indescriptible que se manifestó con fuertes gritos de «¡Vergüenza!» «¡Baldón!» «¡Deshonra!»

A continuación se levantó la Lechuza, y pidió la palabra para aclarar algunos puntos del debate. Su discurso fué tan largo como pedantesco, y estuvo plagado de citas cursis y de autoridades que nada tenían que ver con el asunto; empleando un lenguaje curialesco y argucias de mala ley, después de mil rodeos y razonamientos intrincados, casi se declaró en favor del Cuclillo, e insistió mucho sobre el punto de que esta ave era precisamente la que estaba encargada de anunciar la llegada de la Primavera.

—¿Qué sería de nosotros si el Cuclillo no dispiese de nuestras almas, con su nota simpática, la tristeza que el Invierno nos ha infundido?—dijo.

—¡Creo que lo pasaríamos mejor!—observó el Grajo.

Sin advertir, al parecer, esta interrupción, la Lechuza prosiguió así:

—¿Acaso habría quien nos pusiera al tanto del cambio de estaciones si no existiera el Cuclillo?

—Páreceme que para eso basto y sobro yo — gritó indignado el Gorrión.

—¡No! — concluyó la Lechuza, poniendo en sus palabras una elocuencia arrebataadora—. ¡Es preciso mirar mucho la cosa, antes de proceder a expulsar a uno de los nuestros! ¿Hay algo tan peligroso como sentar el precedente de expatriar a los que disienten de nuestra manera de pensar? ¡Por lo que a mí hace, digo terminantemente que votaré contra una proposición semejante!

La Lechuza volvió a sentarse entre frenéticos aplausos de una minoría escasa del auditorio, y para apoyarla, pidió la palabra el Aura. Excesivamente avara se ha mostrado la Naturaleza al asignar a esta ave las perfecciones físicas, pues su aspecto resulta realmente poco agradable; además, su lenguaje suele ser bastante poco refinado. Ahora bien; si de ordinario emplea palabrotas poco cultas, en esa ocasión agotó el vocabulario de la grosería. Aplicó al Cerrojillo y a los amigos de éste los epítetos más soeces y mortificantes que pudo encontrar, y desbarró en forma tan violenta que el Cuervo, presidente, tuvo que llamarla al orden más de una vez. Interrumpido mil veces por los pajaritos de menos talla, el orador acabó por perder la cabeza, se aturulló, y tuvo que retirarse en medio de una rechifla general.

Pidieron a continuación la palabra el Jilguero y el Verderón, y ambos apoyaron con calor al Cerrojillo, sobre todo el Verderón, que con sentidas y conmovedoras razones refirió que en el nido fabricado por él y por su esposa había aparecido un polluelo del Cuclillo, intruso



...se retiraron sin hacer resistencia (Pág 32.)

que había agradecido la vida y hospitalidad que se le había dado arrojando del nido a todos los verdoncitos.

El asunto tomaba así un giro muy desagradable para el Cuclillo, y entonces el Gavilán pidió la palabra para hacer breves observaciones. Su discurso fué tremendo: dijo, entre otras atrocidades, que era altamente ridículo que se atendieran las quejas de una runfla de pajarillos despreciables como el Cerrojillo y sus partidarios. Declaró que, por su parte, los consideraba a todos ellos una calamidad, y estaba deseando que llegase el momento de verse libre de su enojosa compañía. El Halcón, el Aura y la Corneja dieron suelta entonces a su entusiasmo gritando: «¡Bravo!» «¡Bien!», y los pájaros insultados tan descaradamente preguntaron al Cuervo, presidente, si iba a continuar por mucho rato esa racha de desvergüenzas, intolerables entre volátiles cultos. Sin dar tiempo a que el Cuervo contestara, el Aura gritó en tono insolente:

— ¡El mismo caso hago yo del Cuervo que del Jilguero y sus compinches! ¡Diré lo que me acomode, lo que me dé la gana! ¿Oyen ustedes?

Estas palabras cayeron como una bomba en el auditorio que se levantó indignado, pidiendo el castigo inmediato del alborotador. El

Cuervo se mostró tan sereno como digno; expulsó de la asamblea a la Corneja, al Gavilán, al Aura y al Halcón, y mandó a las aves de mayor talla, como la Cigüeña, la Garza, el Faisán, el Gallo de Riña y otras, que restableciesen el orden. Los cuatro rebeldes vieron perdida la partida, y dando pruebas de ser más prudentes en los hechos que en los dichos, se retiraron sin hacer resistencia.

El Cuclillo no había dicho aún este pico es mío, ni parecía dispuesto a rebatir los terribles cargos hechos a su conducta. Todos los concurrentes tenían puestas sus miradas en el acusado, esperando que tratase de sincerarse de alguna manera, pero el Cuclillo persistió en su actitud de indiferencia. Alzaronse entonces varias voces de «¡Ver-güenza!» «¡No puede negarlo!» «¡Su crimen es evidente!» «¡Fuera!» «¡Fuera!», que callaron de improviso cuando se vió que la Reina Cisne se dirigía con paso majestuoso a la tribuna.

Pronunció la Reina un razonado y elocuente discurso, en el que expuso con toda claridad y precisión el caso, manifestando que había quedado demostrado hasta la evidencia el cargo formulado contra el Cuclillo de poner sus huevos en los nidos de otras aves, aunque no así el de sorberlos, como afirmaba el Engañapastor. Y, puesto que el Cuclillo se negaba a vindicarse, iba a fallar el caso sin más demora. Y su fallo fué éste: considerando al Cuclillo indigno de vivir y alternar con las aves honradas, se le expulsaba de la sociedad de las aves. El Alca, encargada de las funciones de heraldo, previo el correspondiente toque de trompeta, publicó solemnemente esta sentencia, y a raíz de eso se declaró disuelta la asamblea.

Desde entonces, el Cuclillo no ha figurado nunca en la sociedad de las aves, aunque esta expulsión no ha debido inquietarlo mucho, porque hace lo que se le antoja, va adonde le da la gana, y ni siquiera se toma la molestia de construirse el nido para depositar sus huevos, por la sencilla razón de que lo encuentra hecho, cuando le hace falta, en el de alguno de los pájaros que lo proscribieron.

LA INVENCION DEL OSO BLANCO

La invención fué suya, exclusivamente suya... nadie más que el Oso Blanco tuvo que ver con ella, y tanto fué así que, cuando el Oso Blanco la dió a conocer, casi todos los animales echaron chorros de agua fría a su entusiasmo, chorros que si no estropearon la cosa fué porque el Oso Blanco está acostumbrado a los grandes fríos. El Loro, en particular, vaticinó que todo negocio que se fundara en esa invención sería un fracaso seguro y completo, y el Dromedario, si no llevó tan lejos

su pesimismo, por lo menos dijo que dudaba mucho de que el invento diera buen resultado. En cambio, el Cocodrilo secundó entusiasmado la idea, asegurando que tendría un éxito nunca visto; aunque lo cierto es que influía no poco en sus apreciaciones su deseo de presentarse en público corriendo un caballo como jinete de primer orden.

Pero veamos en qué consistía la tan discutida invención del Oso Blanco.

—He pensado en fundar un circo—decía el inventor—; o mejor dicho —añadió, mirando intranquilo al Elefante, ante el cual era peligroso hablar de ese tema ...y dió dos vueltas a la pista. (Pág. 34.) sin excitar su amor propio—, o

mejor dicho, algo parecido a un circo, pues mis aspiraciones no rayan muy alto. Seremos a un mismo tiempo artistas y espectadores, y si el negocio sale bien, como creo, tal vez al fin podamos establecernos con cierto lujo.

—¿Y qué es un circo?—preguntó un Ciervo jovencito.

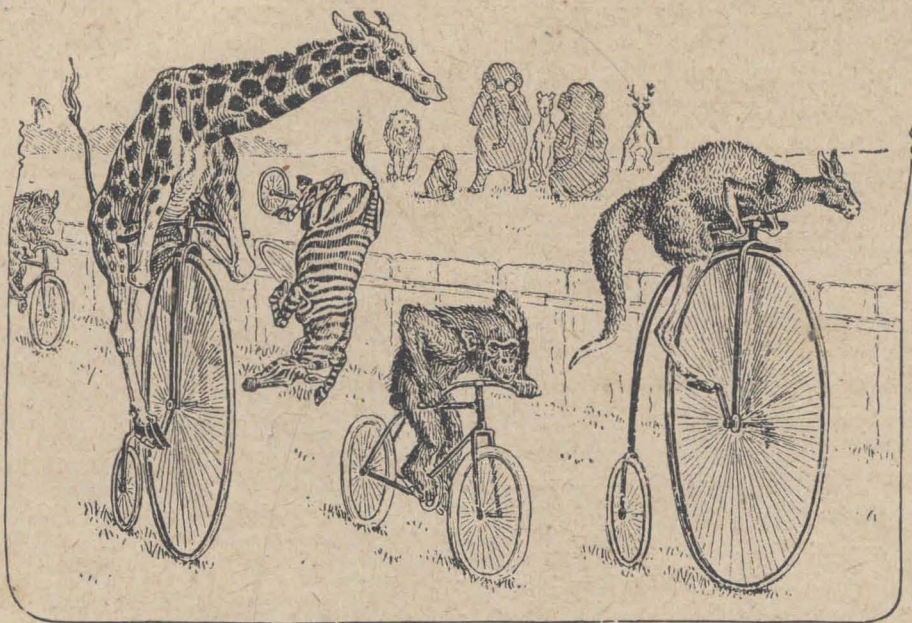
—¡Oh! es un espectáculo que gusta mucho en nuestros días—contestó el Oso Blanco—. Ofreceremos al público carreras, juegos de manos, transformaciones y mil otras cosas, y, sobre todo, obsequiaremos con refrescos y golosinas a los que nos honren con su asistencia.

¡Cosa extraña! Las últimas palabras variaron de repente por completo la actitud de la concurrencia, todos ponderaron entonces entusiasmados la idea, aseguraron que el proyecto del Oso Blanco tendría enorme resonancia y daría resultados sorprendentes. La Mona se encargaría de los refrescos, la Lechuza de la caja y de recibir los billetes en la puerta del circo, y casi no quedó animal ni ave que no reclamase un cargo en la empresa.

Por fortuna el día del estreno amaneció espléndido y la concurrencia fué enorme. Algún conflicto oca-



Salió entonces a la pista el Oso Blanco... (Pág. 34.)



...y el Canguro, que ocupaba el segundo lugar, llegó el primero a la meta.. (Pág. 35.)

sionó en la puerta la actitud de la Lechuza, que se empeñó en leer de cabo a rabo y con mucha calma todos los billetes, pero el Pelicano resolvió inmediatamente el problema diciendo que no hacía ninguna falta tener billete, puesto que con saltar o volar por arriba del portero, estaba del otro lado. Los animales encontraron de perlas esa solución, y a partir de aquel momento no entregaron los billetes a la Lechuza, ni fueron tampoco a comprarlos a la taquilla.

El primer número del programa fué la maravillosa carrera del Cocodrilo. Rebosando alegría se trepó éste al lomo del caballo, soltando al viento una leve banda de delicado color azul, y dió dos vueltas a la pista, de una manera admirable; pero su ejecución dejó bastante que desear cuando se trató de pasar a través de los aros sin suspender la carrera. Tal vez la culpa de eso la tuvo el Rinoceronte, que, según algunos, colocó los aros demasiado altos, o la cosa se debió quizá a que el caballo salió de pronto al galope, circunstancia no prevista ni ensayada; lo cierto es que el Cocodrilo se cayó al suelo, originando su caída bastante confusión.

Salió entonces a la pista el Oso Blanco, equilibrista notable, que debía mantener vertical, con los brazos cruzados y sin separarse de lo que suelen hacer los grandes profesionales, una vara de bambú, en la cual dos monitos jóvenes iban a ejecutar sorprendentes trabajos gimnásticos. Un estornudo inoportuno del Oso Blanco deslució esta suerte, que seguramente habría resultado admirable si no se hubiera producido semejante contratiempo, pero no hay que culpar de eso al Oso Blanco, que realmente no pudo contener el estornudo. Lo que

pasó fué que los dos monitos se vieron lanzados a gran distancia, lo que originó el verdadero desastre, pues aunque la cosa no fué advertida por la mayor parte de los artistas y espectadores, los monitos se quejaron inmediatamente a su mamá, que era la encargada de los refrescos, y pronunciaron amenazas, como la de «hacérselas pagar todas juntas al oso».

Vino luego un número interesantísimo: una carrera de bicicletas. Todos creyeron que el triunfo sería de la Cebra, y seguramente no se habrían equivocado en sus pronósticos si no se hubiera producido un incidente lamentable. La Cebra se cayó de cabeza, y el Canguro, que ocupaba el segundo lugar, llegó el primero a la meta, ganando por media rueda al Mono y por tres cuartos a la Jirafa.

Con una facilidad realmente escandalosa ganó el jabalí la carrera



El león dió un tremendo encontrón con el Leopardo...

del huevo en la cuchara, y el Hipopótamo venció a todos sus contrincantes en la suerte de enhebrar más pronto una aguja. Vino a continuación la carrera de sacos, que hizo las delicias de la concurrencia, aunque, a fuer de buen cronista, debo manifestar que la Zorra apeló a recursos de mala ley, puesto que hizo dos agujeros en el fondo de su saco, gracias a lo cual dejó muy atrás a todos sus competidores. El León dió tremendo encontrón con el Leopardo, lo que ocasionó una disputa muy seria entre los dos.

Después de este número del programa, todo el mundo sentía calor y cansancio, y tenía más ganas de tomar refrescos que de ver números nuevos. Anunciaba el programa que, después de merendar en el kiosco de los refrescos, el Elefante distribuiría los premios... que habían sido cuidadosamente cubiertos con un paño, accediendo a los deseos de la Mona, que no quería que se supiese en qué consistían hasta que llegara el momento de la distribución. Los animales se dirigieron en tropel a la tienda, y tomaron asiento delante de las mesas, a la espera de la merienda. El Elefante se colocó junto a la mesa de los premios,

y no faltaba ya más que llamar a los vencedores. Véanse muchos platos, cubiletes y tenedores, pero ni un solo manjar. Al principio, todos esperaron con paciencia verdaderamente ejemplar, sobre todo porque veían las repetidas entradas y salidas de la Mona y de su servidumbre, cargados de pasteles, bizcochos y otras golosinas; pero, como pasase mucho tiempo sin que se sirvieran los manjares, la concurrencia empezó a demostrar cierta intranquilidad. Manifestó al fin el Oso que iba a meter prisa a la Mona. Sus palabras fueron acogidas con estruendosos aplausos y gritos de «¡sí, sí!» «¡Clávale unos alfileres para que despierte!»

Pasaron algunos minutos, al cabo de los cuales volvió el Oso de la tienda, con un papel en la mano, y presa de extraordinaria agitación al parecer. Todos aguzaron las orejas, dispuestos a oír lo que el papel decía.

— ¡Se han ido — balbuceó el Oso Blanco —, y han dejado esto!

Tan intensa era su emoción que no pudo decir más, y entonces el secretario creyó conveniente arrancarle el papel de la zarpa y leer su contenido en voz alta.

«El que quiera refrescos, tendrá que buscárselos con toda su alma. ¿Preguntan ustedes por qué? La explicación es muy sencilla. Porque no ha quedado ninguno. Y no ha quedado ninguno porque me gustaban mucho a mí, y yo estoy antes que los vencedores. ¡Soberbia idea la del Oso Blanco! ¡Ja, ja, ja!»

Siguió a la lectura un momento de silencio profundo, pero sólo un momento, pues en cuanto los invitados comprendieron la burla de que habían sido objeto, el coro de ladridos, aullidos, rugidos, chillidos y silbidos fué ensordecedor. Algunos, los más excitados, asaltaron la mesa de los premios y tiraron del paño que la cubría. ¿Con qué crearán ustedes que habían reemplazado los endiablados monos los premios? Con cáscaras de huevos, botones, pedazos de vajilla rota, zapatos viejos y otras basuras.

Cómo salió del apuro el buen Oso Blanco es lo que no podríamos decir; pero sí diremos que, en menos de dos minutos, quedó hecha trizas la tienda y todo lo que en su interior había.

Cuando el Oso se retiró a descansar, con un fuerte dolor de cabeza, rendido y muerto de hambre, no faltó quien le oyera exclamar:

— ¡Me parece que pasará mucho tiempo antes que vuelvan a ocurrírseme invenciones!



LOS GENIECILLOS DEL AGUA

Nadie más que el Doradillo tuvo la culpa de que Jacinta entrase a formar parte de los Geniecillos del Agua. El día había sido extraordinariamente caluroso, el más caluroso de todo el verano, y Jacinta se pasó la tarde entera recogiendo margaritas. Cuando creyó que tenía bastantes se sentó a la sombra de los corpulentos y copudos olmos que crecían junto al río, rodeada de montones de margaritas.

Llegó entonces el Doradillo, agitando su larga y graciosa cola, y rozó casi los pies de Jacinta.

—¿Hace calor, querido Doradillo, verdad?—preguntó Jacinta—. ¿Te sientes muy cansado?

—¡No, amiguita, no! — contestó el Doradillo—. ¿Puede desearse un día más encantador que éste? ¡Vaya! ¡Hay gente que nunca está contenta!

—¡Sí, sí, querido! El día es espléndido, y me gusta mucho. ¡Pero hace tanto calor, y me siento tan rendida!

—¿De veras? Si fueras pez, estarías bajo el agua; pero ya que no puedes ser pez, ¿por qué no haces una visita a los Geniecillos del Agua? Viven en la cascada, al pie de las fuentes donde nace el río. ¡Si vieras qué sitio tan fresco!

—¡Oh, cuánto me gustaría eso, querido Doradillo! ¿Quieres enseñarme el camino?

—No me es posible... no he comido todavía. Son tan caprichosos mis hijos y al mismo tiempo tienen tan desarrollado el apetito, que me obligan a darles todo el alimento que puedo encontrar. Pero te presentaré a un amigo que te acompañará hasta el sitio en que se encuentran los Geniecillos del Agua. No podrías ir sola, porque precisamente viven en el centro del río. ¡Ea! ¡Date prisa! Yo necesito comer algo antes de volver a casa.

El Doradillo echó a andar entonces, y Jacinta lo siguió anhelante, hasta que encontraron a los Cisnes que, flotando entre lirios amarillos, se dejaban llevar dulcemente por la corriente.

El Doradillo explicó al Papá Cisne que Jacinta deseaba visitar a los Geniecillos del Agua, pero que no podía hacer el viaje sola por no saber nadar.

El Cisne esponjó todas sus plumas blancas, se inclinó cortésmente, y contestó que sería para él un honor y un placer acompañarla. Jacinta se sentó cómodamente sobre el Cisne, se despidió del Doradillo, y se dejó llevar. No tardó en oír un rumor de aguas despeñadas que le

hizo comprender que estaba ya muy cerca de la cascada, y, efectivamente, momentos después tenía ante sus ojos la casa de los Geniecillos del Agua.

Cruzó el Cisne hasta una meseta de la roca, y dijo a Jacinta que saltase sobre ella. Caminó la niña por la meseta, siempre guiada por el Cisne, y no tardó en llegar a la entrada de una gruta.

Jacinta descendió por unos peldaños húmedos y resbaladizos, notando que la luz se debilitaba cada vez más, hasta que faltó por completo. No la arredró esta circunstancia; con aliento sobrado para seguir adelante sin desfallecer, avanzó con las manos extendidas por precaución, hasta que tropezó con algo duro que le hizo temer que había llegado al fondo de la gruta. No fué así, sin embargo, pues cediendo a la presión de su mano, el objeto duro retrocedió y la intrépida exploradora se encontró en la estancia más encantadora que había visto en su vida.

Formaba el techo de ella una fina sábana de oscilantes aguas que dejaban filtrar una luz de encantador tono verde. Tapizaban las paredes masas de musgo y algas marinas. Plateados pececillos vagaban de acá para allá, y dando portentosos saltos llegó una Trucha enorme, que se detuvo admirada frente a Jacinta.

Esa estancia daba acceso a un comedor. ¡Qué comedor tan precioso! Un mantel de plata tejido con escamas de pescado cubría la elegante mesa, atestada de platos y fuentes de coral y madre-perla.

Alzóse la cortina de algas y musgos dando paso a alguien que, por su magnificencia, debía ser la Reina de los Geniecillos del Agua. Sus flotantes cabellos habrían podido dar envidia al mismo sol; sus ojos eran azules como el firmamento, y sus labios rojos como el coral.

En cuanto vió a Jacinta, se detuvo sorprendida.

—¡Cómo! — exclamó—. ¡Si es Jacinta, la de la casita que está junto a los trigales!

El júbilo de Jacinta fué inmenso. ¡Pensar que la conocía la Reina de los Geniecillos del Agua! ¡Quién lo hubiera creído!

—Siento haber venido en un momento tan inoportuno—dijo—. Veo que hoy da Vuestra Majestad una recepción de gala... Lo ignoraba.

—Nada de eso—contestó la Reina—. Precisamente tu llegada me proporciona un verdadero placer. Hoy festejo mi cumpleaños y tú me ayudarás a atender a los invitados; expulsarás del salón a la Trucha y a la Carpa, un par de groseros que no separan de mí sus ojos y siempre me molestan con sus necedades, sobre todo en días de recepción. Habrá que denunciar a los pescadores dónde viven esos importunos si se portan hoy como acostumbran. Tú quedas encargada de prevenirles eso.

Jacinta puso desde luego manos a la obra. Antes que la mesa estuviese completamente dispuesta, principiaron a llegar los invitados.

Entraron primero los Geniecillos que habitaban en el mismo río, vinieron luego los de los otros ríos y arroyuelos, y más tarde las Dríadas de los bosques. Los huéspedes de más alta alcurnia eran anunciados a son de trompeta por un heraldo que se parecía mucho al Salmón.

— ¡Sus Altezas Reales las Sirenas del Océano! — gritó con voz campanuda.

Todos corrieron a ver la llegada de las Sirenas.

Entraron en el salón de dos en dos, deslizándose gallardamente con el auxilio de sus colas, sin que se advirtiese que carecían de pies, y todas besaron a la Reina de los Geniecillos del Agua, y le hablaron con una voz armoniosa que parecía música divina.

Principió entonces la ceremonia de presentar los regalos. La Reina de los Geniecillos del Agua tomó asiento en un trono de cristal de roca que había en la cabecera del salón, y empezaron a desfilar ante ella los Geniecillos y las Dríadas, que le ofrecieron brillantes más hermosos que los que suelen verse en la tierra, pues eran líquidos, movibles y cente-



...dióse comienzo al baile... (Pág. 40.)

leantes, perlas sacadas del fondo del mar, collares de coral puestos en estuches de oro, trajes preciosos, abanicos de plumas, capas de pintadas alas de mariposa.

Pasó luego el Salmón, heraldo de las Sirenas, el cual ofreció, a nombre de sus señoras, un almohadón de terciopelo blanco, cuajado de perlas.

La Reina de los Geniecillos del Agua lanzó un grito ahogado de placer al ver ese regalo y pidió al heraldo que lo dejase en el suelo. Pronunció entonces una palabra mágica, y el almohadón principió a agrandarse, hasta quedar convertido en un barco precioso, digno de llevar a su bordo a la Reina misma del Océano.

Pronunció la Reina un discurso expresando su agradecimiento a todos los circunstantes, y cuando hubo terminado este acto empezó a oírse la música del agua. Ningún oído humano ha escuchado jamás una música tan deliciosa como la que resonó entonces en el palacio de la Reina de los Geniecillos del Agua festejando el día de su cumpleaños.

Después de la comida, que se prolongó mucho, porque todos rieron, y hablaron en grande y brindaron entusiasmadamente por la Reina, dióse comienzo al baile. Lo inauguraron parejas de Ranas, todas vestidas de verde y oro. Bailaron luego los Caballitos del Diablo, y finalmente todos los peces juntos.

Hubo danzas admirables y los invitados se divertieron mucho, tanto que Jacinta no recordó el encargo de la Reina de echar del salón a la Trucha y a la Carpa sino cuando se había despedido ya el último de los invitados.

La Reina de los Geniecillos del Agua se había quedado sola, y se entretenía en admirar los regalos recibidos.

—Mi querida Reina — dijo Jacinta—. Ha debido pasar ya la hora de la merienda, y temo que mamá esté intranquila por mi ausencia.

La Reina de los Geniecillos del Agua tomó de la mano a Jacinta, y la condujo por un pasillo revestido de terciopelo. Cuando llegaron así delante de una puerta, la Reina dió un apretón de manos a Jacinta, y le besó en la frente.



En cuanto la Reina retiró su mano, abrió Jacinta los ojos y se encontró otra vez a la sombra del olmo que se alzaba junto al río. Todas sus margaritas habían desaparecido.

—¡Qué malas son las Hadas!—dijo Jacinta al ver el desastre—. Sabían que yo estaba en el Palacio de la Reina de los Geniecillos del Agua, y han aprovechado mi ausencia para robarme todas las margaritas.

EL ZORRO BOBO

CAPÍTULO I

El bosque donde el sol se oculta.

Hace años, muchos años, vivía en la Tierra de los Cuadrúpedos un zorro viejísimo, cargado de familia y con un corazón que no le cabía en el pecho. Por desgracia, si le sobraba corazón le faltaban alimentos, y como no estaba dispuesto a compartir los pocos de que disponía con sus catorce hijos, resolvió echar a todos estos de su casa, diciéndoles que fueran a vivir como su ingenio les diera a entender.

Los catorce zorritos, aunque eran muy vivos, no tenían alimento, ni sabían, y eso era lo peor, dónde podían encontrarlo.

—¡Vámonos! — dijo Nariz Afilada, el menor de la familia—. Somos ladrones de profesión; presentémonos, pues, al León, que es quien tiene más que perder.

—¡Aprobado!—gritaron en coro doce de sus hermanos, todos menos Patas Rojas, que era un solemne bobo.

Los catorce hermanos emprendieron el viaje hacia los lugares en que moraba el León, que estaba a muchas millas de distancia; y como las distancias se acortan andando, caminaron el día entero, hasta que, al declinar la tarde, rendidos y cubiertos de polvo llegaron al bosque donde el sol se oculta.

Encontraron junto a él el castillo del León, y al castellano en la puerta. Como ustedes saben, el León es el rey que rige los destinos del Reino de los Cuadrúpedos. Estaba, pues, en la puerta, apoyando una garra en una columna, y examinaba a los transeuntes para tomar a su servicio a los que fuesen buenos, honrados y fieles.



Estaba, pues, en la puerta, apoyando una garra en una columna...

—¡Hola! — gruñó, no muy complacido, en cuanto vió a los catorce zorritos—. ¿De dónde venís? ¿Cómo llegáis tan sucios de polvo?

—Venimos del otro confín del mundo, del país del oro—contestó Nariz Afilada—. Y llegamos cansados y muertos de hambre.

—¿Sois personas buenas, honradas y fieles? — preguntó el León.

—¡Somos la bondad, la honradez y la fidelidad personificadas!— contestó Nariz Afilada, y, con él, doce de sus hermanos.

—¿Y tú, qué eres?—preguntó el León al mayor, que callaba.

—¡Oh! yo soy ladrón — contestó Patas Rojas.

—Entonces será preciso vigilarte — dijo el León.

El castellano concedió hospitalidad a los zorritos, los obsequió en la cena con patos asados y mandó que les preparasen mullidas camas.

—En cuanto a ti — dijo el León a Patas Rojas—, te advierto que serás objeto de estrecha vigilancia; y, para que no estés ocioso, vete a las pocilgas, y déjalas más limpias que la plata.

A la mañana siguiente, llamó el León a los trece zorritos y les confió la custodia de su real tesoro, donde, como es natural, guardaba todo su oro, que no era poco. Ahora bien: dos días después, quiso el León hacer una visita a su gran amigo el Oso, y se llevó consigo a toda la servidumbre, excepción hecha de los catorce zorritos, trece de los cuales guardaban su tesoro real, mientras el otro acababa de limpiar las pocilgas, que parecían ya de plata.

No bien se hubieron perdido de vista el León y su brillante séquito, dijo Nariz Afilada:

—Propongo que robemos todo el oro que está encerrado en el tesoro real, y que lo entierremos en el bosque, en previsión de que nos veamos obligados a emigrar algún día. Su Majestad no ha de sospechar de nosotros... ¿cómo, si somos tan buenos, honrados y fieles?

Robaron, pues, todo el oro encerrado en el tesoro real (excepto una cantidad insignificante que dejaron en el fondo de una cajita de hierro), y lo enterraron en el bosque donde el sol se oculta.

Regresó el León con toda su servidumbre, y no tardó en notar el robo. Llamó a los catorce zorritos, seguro de que por la cara había de conocer, a la primera ojeada, al ladrón, y cuando estuvieron en su presencia, los colocó en círculo, cuyo centro ocupó su real persona.

—¿Sois buenos, honrados y fieles?—preguntó el León.

—Somos la bondad, la honradez y la fidelidad personificadas— contestó Nariz Afilada.

—Somos la bondad, la honradez y la fidelidad personificadas— repitieron en coro doce de sus hermanos.

—¿Y tú, qué eres? — preguntó el rey a Patas Rojas.

—¡Oh! yo soy ladrón — replicó éste.

—La misma contestación me diste antes — dijo el León, rugiendo



— ¡A la cárcel inmediatamente, y córtense la oreja derecha!

de rabia—. Dije que sería preciso vigilarte... ¡A la cárcel inmediatamente, y córtense la oreja derecha!

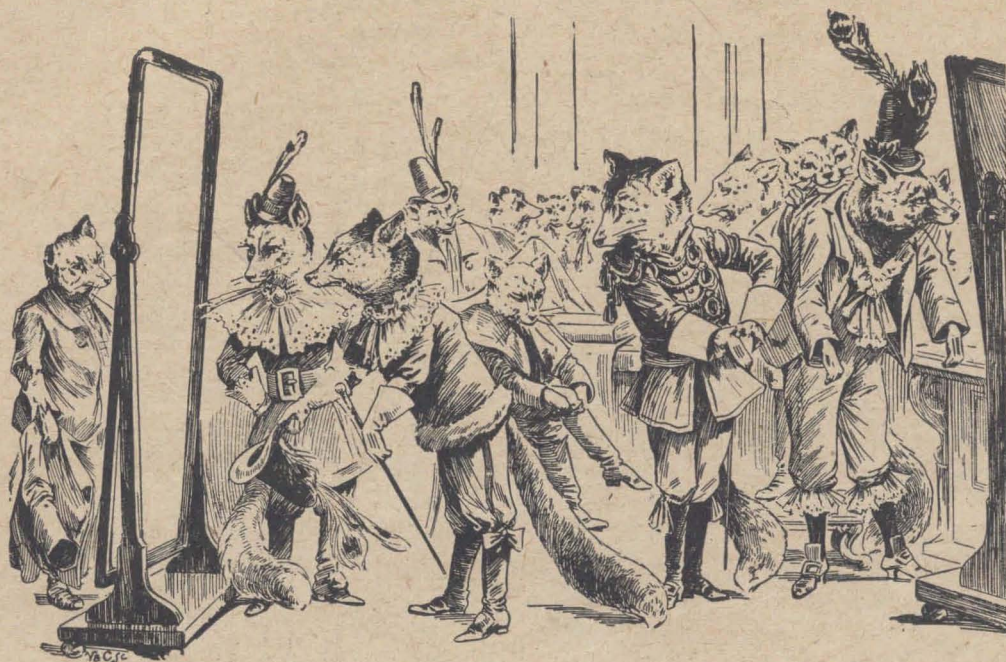
Metieron al pobre zorrito en una mazmorra y le cortaron la oreja derecha, mientras Nariz Afilada y sus doce hermanos seguían encargados de la custodia del poco oro que había quedado en las arcas del tesoro, bien que no tardó el rey mucho tiempo en hacer pasar otra vez a ellas grandes cantidades de ese metal, que arrancaba a sus súbditos.

CAPITULO II

El pozo en que se guarda la lluvia.

Pasado algún tiempo, sintieron los zorritos grandes ganas de correr mundo, y se presentaron al León.

— ¡Señor! — dijeron—. Quisiéramos pedir a Vuestra Majestad una merced. Nuestro agradecimiento sería eterno, si nos concedieseis vuestra real licencia para emprender un viajecito. Empeñamos nuestra palabra honrada de que volveremos un día u otro.



...visitaron la mejor de las tiendas de ropas hechas...

—Si me prometéis volver, consiento en que os vayáis; pero os habéis de llevar a vuestro hermano el que está preso—contestó el León.

No les desagradó esta condición a los zorros, y partieron los catorce juntos. Huelga decir que lo primero que hicieron fué desenterrar el oro que habían robado, gracias al cual pudieron comprar todas las cosas que apetecieron, en cuanto llegaron a la primera ciudad. Ante todo, visitaron la mejor de las tiendas de ropas hechas, donde se proveyeron de trajes vistosos; de allí pasaron a la sombrerería y adquirieron preciosos sombreros adornados con largas plumas; y, resueltos a extremar su elegancia, trasladáronse a la zapatería y se pusieron las botas más lindas que se han visto alguna vez en patas de zorro.

Tomaron habitaciones en el hotel más lujoso de la ciudad; se hicieron servir a diario pato asado, saborearon los vinos más deliciosos y durmieron en las mejores camas. El pobre Patas Rojas, sin embargo, no salió tan bien librado. Obligado a desempeñar las funciones de criado de sus hermanos, tuvo por toda comida desperdicios y mondaduras, y por ocupación las faenas más sucias y repugnantes.

Pero, como no hay bien que dure cien años, una mañana amanecieron los zorritos sin un céntimo en el bolsillo... ni en otra parte.

—¡Largo de aquí, perdularios!—dijo el hostelero entonces—. Mi casa no es un asilo de mendigos.

Y los puso de patitas en la calle.

Faltos así de mesa, los zorros no tardaron en sufrir los rigores del hambre, pues no tenían comida ni sabían dónde podían encontrarla.

— ¡Vámonos!—dijo Nariz Afilada—. Nos presentaremos al Perro Vigilante, que tiene muchas ovejas... y tal vez podamos comer alguna.

— ¡Sí; nos comeremos alguna!—contestaron doce de los hermanos, porque Patas Rojas permaneció callado.

Emprendieron los catorce una marcha larga y fatigosa, en dirección a la casa del Perro Vigilante. Caminaron muchas leguas, a pesar de la lluvia torrencial, y al fin llegaron rendidos, hambrientos y calados hasta los huesos, al pozo en que se guarda la lluvia, junto al cual encontraron la casa del Perro Vigilante. Estaba éste con su cayado, muy arisco y gruñón, reprendiendo y aconsejando a sus ovejas.

— ¡Hola!—dijo a los zorritos—. ¿De dónde salís?

— Venimos del otro confín del mundo, donde crecen las ovejas—contestó Nariz Afilada—. Y estamos rendidos y muertos de hambre.

— Rendidos y muertos de hambre — repitieron en coro doce de los hermanos, porque Patas Rojas no abrió la boca.

— ¿De qué os alimentáis?—preguntó el Perro.

— De zanahorias—contestó Nariz Afilada.

— De zanahorias—repitieron los doce.

— ¿Y tú, qué comes?—preguntó a Patas Rojas.



· Patas Rojas juró que ni por pienso había tocado una sola oveja... (Pág. 46.)

—Yo, ovejas, cuando puedo—contestó Patas Rojas.

—Conque ovejas, ¿eh?—repuso en tono zumbón el Perro—. ¡No te perderé de vista!

El Perro admitió a los viajeros en su casa, les sirvió una buena cena, y al día siguiente, encargó a Patas Rojas que hiciese la comida.

Uno o dos días después el Perro Vigilante tuvo que llevar algunas ovejas al mercado. Para llegar a tiempo, emprendió el viaje al rayar el alba, dejando confiada su casa y hacienda a los catorce zorros. Trece cuidaban las ovejas, y Patas Rojas se quedó limpiando las cacerolas.

En cuanto el Perro Vigilante se hubo perdido de vista, dijo Nariz Afilada a los doce restantes:

—Vamos a almorzarnos todas las ovejas. El Perro no sospechará de nosotros, puesto que sabe que nos alimentamos con zanahorias.

Una sola oveja se salvó de la matanza, y todas las que murieron pasaron a los estómagos de los trece zorros.

Estos escondieron todos los huesos, todos, excepto uno, muy mondo y roído, que arrojaron al pobre Patas Rojas para que tuviera en qué entretenerse mientras ellos se entregaban a un sueño plácido.

A la puesta del sol llegó el Perro. Entró en la casa, miró en su alrededor, y su fino oído no tardó en percibir los ronquidos de todos los zorros, salvo Patas Rojas, que seguía atacando inútilmente el hueso.

—¿Dónde están mis ovejas?—gritó.

Nadie sabía una palabra.

—¡Pronto lo sabré! —ladró enfurecido el Perro—. ¡Venid aquí! ¡Todos... los catorce! ¿Qué habéis comido? ¡Pronto, pronto!

—Nada más que zanahorias—contestó Nariz Afilada, a una voz con sus doce cómplices.

Como Patas Rojas no contestaba nada, el Perro le preguntó qué había comido, y desde el primer momento tropezaron sus miradas con el hueso que había resistido a todos los esfuerzos del pobre zorro y que continuaba tan mondo y entero como cuando se lo habían dado.

—¡Oh! ¡Oh!—ladró el Vigilante—. ¡Comprendido! ¡Ya veo por dónde se han ido mis ovejas! ¡A mí, mis fieles perros! ¡Agarrad a ese ladrón, y echadlo de cabeza al pozo en que se guarda la lluvia! Veo que ha perdido ya una oreja... ¡Cortadle inmediatamente la otra!

Patas Rojas juró que ni por pienso había tocado una sola oveja; pero no le creyeron, y fué arrastrado a un sitio donde, previa amputación de la única oreja que le quedaba, lo arrojaron al pozo.

CAPITULO III

El molino donde se fabrica la nieve.

Por milagro Patas Rojas se salvó de morir ahogado y consiguió escapar, empapado y temblando de frío, con el tiempo justo para reunirse con sus hermanos, que habían salido otra vez a correr mundo.

—Vamos ahora—propuso Nariz Afilada—, a la casa del señor Oso, que suele ser pródigo con los que trabajan por su cuenta.

Dirigieron todos sus pasos hacia la casa del Oso, el cual moraba en el confín más helado del territorio de los Cuadrúpedos. Caminaron sin interrupción leguas y leguas... y comenzó a nevar, pero los espesos copos no bastaron para detenerlos; y siempre adelante, cada vez más helados, llegaron al molino donde se fabrica la nieve.

Huelga decir que encontraron cerrada la puerta, pero Nariz Afilada levantó el pestillo, y penetraron en la casa, encargándose de cerrar otra vez la puerta Patas Rojas, que iba detrás de todos.

En una de las habitaciones encontraron al Oso.

—¡Hola!—gruñó el Oso—. ¿De dónde venís?

—Del último confín del mundo — contestó Nariz Afilada—. Del lugar en que se funde la nieve.

—¡Y llegamos ateridos de frío y muertos de hambre!—gritaron en coro los otros trece.

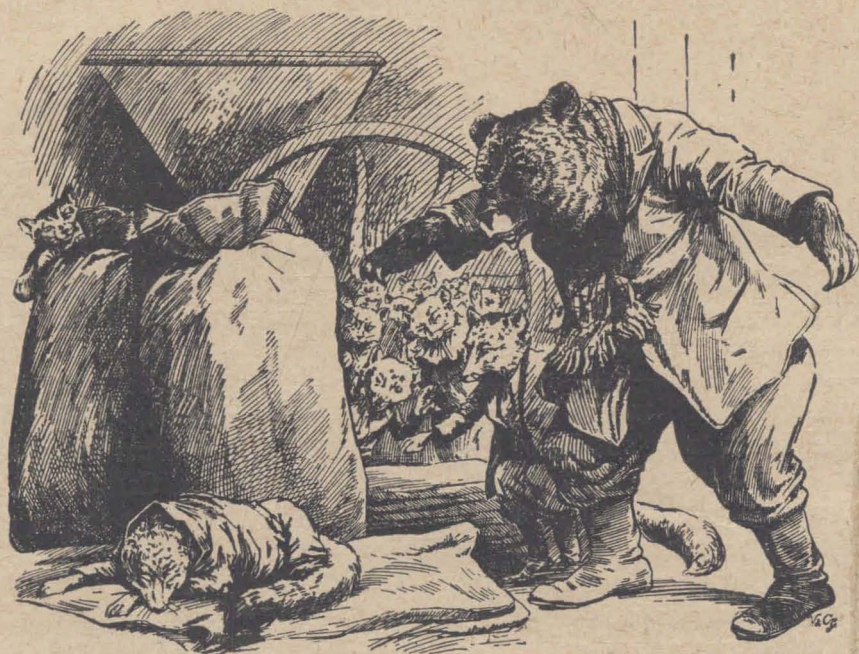
—¿Qué es lo que sabéis moler?—preguntó el Oso.

—Todo—contestó Nariz Afilada.

—Todo — repitieron como un eco los otros doce hermanos.

—¿Por qué no contestas tú?—preguntó el Oso a Patas Rojas—. ¿Qué sabes moler?





—¿Y tú, qué has hecho, Patas Rojas?

—¡Absolutamente nada!—contestó Patas Rojas.

—Eres un holgazán — refunfuñó el Oso—. ¡Habrás que vigilarte!
Compadecióse el Oso de los malparados viajeros, los obsequió con una suculenta cena y les mandó preparar mullidas camas. Al día siguiente, les hizo trabajar. Arduo y fatigoso era el trabajo, que duró todo el día con no poca satisfacción del viejo Oso, que contemplaba con verdadera alegría los progresos que hacía su fabricación de nieve.

—Tengo que hacer una visita a mi amigo el León — dijo a sus huéspedes—, y quiero dejaros tarea abundante para que no estéis ociosos. Tú—gruñó, volviéndose hacia Patas Rojas—, tendrás tarea doble para que vayas adquiriendo hábitos de trabajo.

En consecuencia, antes de salir de casa, señaló a cada uno de los zorros su tarea. Tenían que moler un saco de nieve, excepto Patas Rojas que molería dos.

En cuanto partió el Oso, Nariz Afilada y sus doce hermanitos dejaron la molienda. Poco aficionados al trabajo, se pusieron a idear un medio que les permitiera no hacer nada, sin incurrir en el enojo del Oso, medio que halló en seguida Nariz Afilada.

—¡Vámonos a dormir, y que Patas Rojas haga la molienda de todos! — dijo—. ¡Para eso es el mayor de los hermanos!

El mayor era, efectivamente, y por suerte para ellos, el más fuerte y trabajador. Mandáronle que hiciese el trabajo de todos, y así que dió comienzo a la operación de moler los quince sacos, sus hermanos

lo dejaron y se tendieron tranquilos en sus camas. Muele que muele, el pobre Patas Rojas no se dió punto de reposo hasta que, llenos ya trece sacos, no pudo resistir la fatiga, cayó al suelo y se durmió.

Su sueño coincidió con el despertar de Nariz Afilada y de sus doce hermanos, que acababan de oír los gruñidos del Oso, ya de vuelta. Frotándose los ojos estaban cuando entró el dueño de la casa.

—¿Qué han hecho ustedes hoy, señores zorros?—preguntó el Oso.

—Moler — contestó Nariz Afilada.

—Moler — repitieron en coro los otros doce.

—¿Y tú, qué has hecho, Patas Rojas?—prosiguió volviéndose hacia el mayor.

Por toda respuesta, el Oso oyó un ronquido.

Ello hízole sospechar que el poltrón de Patas Rojas se había pasado durmiendo el día entero, y cuando vió los dos sacos sin moler fué tan terrible la explosión de su cólera, que gritó con todas sus fuerzas:

—¡Muélanle los huesos en seguida!

Y recordando de pronto que él carecía de rabo, añadió:

—¡Y córtente la cola inmediatamente!

CAPÍTULO IV

Los fuelles que producen el viento.

De un golpe le amputaron a Patas Rojas el rabo, operación que disipó su sueño. Inmediatamente lo metieron en la tolva, y habría sido molido junto con el siguiente saco de nieve, si no se hubiera partido en aquel momento una piedra del molino. A esto debió su salvación. Escapó chillando, medio quebrantado, para incorporarse a sus hermanos, que acababan de salir nuevamente a correr mundo, y celebraban con alegres risotadas lo bien que les había ido con el Oso.

—Vamos ahora — propuso Nariz Afilada — a visitar a los gansos. Queremos tanto a esos animalitos, que acaso, en justa correspondencia, sea nuestra visita un motivo de regocijo para ellos.

El plan agradó a todos, aunque, como siempre, Patas Rojas nada dijo.

Dirigiéronse, pues, al domicilio de los gansos, trotando todo el día. Soplaba un viento impetuoso que aceleró su marcha, no interrumpida, hasta que sobrevino la noche y dieron de hocico con los fuelles que producen el viento, junto a los cuales estaba la casa de los gansos.

Si hubieran tenido ustedes ocasión de ver la cara que puso el Papá



Escapó chillando, medio quebrantado, para incorporarse a sus hermanos. (Pág. 49.)

Ganso al recibir a los catorce zorritos, no olvidarían nunca su expresión.

— ¡Caramba! ¡Zorros!...—exclamó alarmado—. ¿De dónde venís?

—Del confín más remoto del mundo, donde se guarda al viento bajo siete llaves—contestó Nariz Afilada.

—Donde se guarda al viento bajo siete llaves—repitieron en coro los doce hermanos, porque Patas Rojas no dijo esta boca es mía.

—¿Qué idioma habláis?—preguntó el Ganso, para convencerse de sus buenas intenciones.

— ¡El de los gansos!—contestaron a una voz los trece.

—Y tú, ¿qué lengua hablas?—preguntó a Patas Rojas.

—Yo hablo la de los zorros—replicó éste.

—¿Ah, sí? Será conveniente no perderte de vista.

El Ganso abrió a los viajeros la puerta de su casa, hizo que les sirvieran una opípara cena, y mandó alojarlos en cómodas habitaciones.

Ahora bien: los gansos, sentíanse orgullosos de la visita de los trece zorros cuyas lenguas eran tan candorosas y veraces como las de los gansos mismos; pero desdeñaban al pobre Patas Rojas, que hablaba el lenguaje falaz de los zorros. Mientras los trece primeros recibían obsequios y agasajos, el infeliz Patas Rojas, armado de una pesadísima escoba, tenía que barrer dos veces al día la casa, con todas sus dependencias.

Con frecuencia se veía el Padre Ganso en la necesidad de rechazar o castigar las agresiones de que los patos hacían objeto a sus súbditos. Ocurrió, pues, que un día, llamó a los trece zorros, y les dijo:

—Simpáticos zorritos: Tengo que ausentarme esta tarde, y no regresaré hasta mañana. Durante mi ausencia cuidad los gansos.

No bien se fué, cuando dijo Nariz Afilada a sus doce hermanos:

—¡Todo sale a pedir de boca! Parece que están bien cuidados estos gansos; lo mejor que podemos hacer es comérmolos.

Pusieron manos, o mejor dicho, mandíbulas a la obra, y se merendaron todos los gansos menos uno... que les pareció demasiado viejo.

¡Júzguese cuál sería la sorpresa del Padre Ganso, cuando al regresar a su casa vió que salía a recibirlo un solo ganso, el más viejo de todos!

—¡Sólo los zorros han podido causar semejante catástrofe!—exclamó el Padre Ganso—. ¡Vamos a ver! ¿Qué lengua habláis?

—La de los gansos—contestaron sin vacilar los trece zorros.

—¿Y tú, qué lengua hablas?—tornó a preguntar, volviéndose hacia Patas Rojas.

—Yo hablo la de los zorros—respondió éste.

—¡Ah! Lo mismo me contestaste la primera vez que te hice esa pregunta... ¡He debido vigilarte! Pero vas a tener tu merecido.

Y le dió en seguida tantos picotazos, que, al cabo de algunos minutos, Patas Rojas cayó al suelo exánime y con los ojos saltados.



...el infeliz Patas Rojas, armado de una pesadísima escoba... (Pág. 50.)

CAPITULO

La caldera donde se cuece el lodo.

Medio muerto quedó, pues, el infeliz Patas Rojas a causa del enañamiento con que lo trató el Papá Ganso; pero las voces de sus hermanos lo hicieron volver a la vida. En cuanto supo que emprendían nuevo viaje por el mundo, corrió a juntarse con ellos, y asiéndose al rabo del último de la partida, echó a andar, cojeando.

—Visitaremos ahora — dijo Nariz Afilada—al Lobo Gris, y si logramos engañarlo, nos quedaremos con la preciosa casa en que vive.

Caminaron todo el día, hundiéndose en el lodo que llenaba los caminos, hasta que llegaron al fin, rendidos y hechos una lástima, a la caldera donde se cuece el lodo, junto a la cual se alzaba la casa del Lobo Gris, que casualmente estaba a la sazón asomado a la ventana.

—¡Hola! — aulló el lobo—. Mucho barro, ¿eh? ¿De dónde venís?

—Del confín más remoto del mundo, donde nacen y juegan los corderos — contestó Nariz Afilada.

Como siempre, sus doce hermanos hicieron eco a sus palabras, y Patas Rojas no abrió la boca.

—¿Sabéis cantar?—preguntó el Lobo Gris.

—¡Como los ángeles!—contestaron los trece.

—¿Cuál es el himno que mejor cantáis?

—¡Be-e-e-e!—cantó Nariz Afilada, y con él los doce hermanos.

—¡Muy bien! ¡Me agrada la canción! Y tú, ¿qué cantas?—preguntó a Patas Rojas.

—¡Guau... guau... guau!—ladró Patas Rojas.

—¡Calla, calla! ¡No me gusta tu voz! ¡Será preciso no perderte de vista! — dijo el Lobo, y volviéndose hacia los otros, agregó—: Aguardad mientras me calzo; en seguida estaré con vosotros.

El Lobo se apresuró a ponerse sus mejores botas, llevado del anhelo de escuchar el canto que tan dulcemente sonaba en sus oídos.



..y asiéndose al rabo del último de la partida, echó a andar, cojeando.

Pero, ¿qué hicieron los zorros mientras el Lobo se calzaba? Una cosa muy inocente: cavar un pozo delante del umbral de la puerta. Ocurrió, pues, que, cuando el Lobo Gris salió saltando de su casa para escuchar la suave melodía, cayó en el pozo, donde quedó preso.

Encarcelado así el Lobo, los zorros se apoderaron de la casa, viviendo en ella felices y contentos. Comían manjares delicados, bebían vinos generosos, reíanse de los lamentos del afligido prisionero, cantábanle el Be-e-e-e y usaban sus relucientes botas, con lo cual le cau-



...junto a la cual se alzaba la casa del Lobo Gris... (Pág. 52.)

saban el mayor de los pesares. ¡Pobre Lobo! Solo, en el fondo del pozo, se habría muerto de hambre si el compasivo Patas Rojas no le hubiese echado los huesos que sus hermanos dejaban llegar a su plato.

Una tarde, aprovechando la ocasión de que los trece zorros habían salido a pasear, el astuto Lobo, que los oyó cuando cruzaban por encima del pozo, llamó a Patas Rojas, y en tono lastimero, le dijo:

—¡Mi querido zorrillo! ¡Por compasión, ayúdame a salir de aquí! Sólo deseo unos minutos de libertad para estirar un poco las patas. Te prometo volverme al pozo antes que regresen tus hermanos.

—¡Anda! ¡Salta, pues!—contestó Patas Rojas, para quien todo el mundo, excepto sus hermanos, hablaba con el corazón.

—¡Br-r-r-r! — aulló el Lobo Gris cuando se vió en libertad—.



...cayó de cabeza en el pozo, donde quedó preso. (Pág. 53)

¡Br-r-r-r! — repitió, lanzándose sobre el desgraciado Patas Rojas—. ¡B-r-r-r-r! Tú me confesaste que eres de los que ladran. Y el que ladra, muerde, si se le presenta la ocasión. Lo mejor será arrancarte los dientes.

Y, efectivamente, arrancóle los dientes, y no sabiendo ya qué hacer con él, lo tiró de cabeza a la caldera donde se cuece el lodo.

Fortuna fué para los trece zorros restantes que el Lobo estuviese muy atareado en eso cuando regresaron del paseo; pero, viendo tan descompuesta la situación, sin pensar en socorrer al pobre Patas Rojas, huyeron con toda la prisa que sus ligeras patas les permitían.

CAPITULO VI

Patas Rojas recupera todo lo perdido.

— ¡Infeliz de mí! — clamaba el derrengado Patas Rojas—. ¿Qué haré en este precipicio? ¿Por dónde saldré? Me han sacado los ojos, me han cortado las orejas, me han arrancado los dientes y me han amputado el rabo. ¡Oh! ¡Si pudiera encontrar yo un par de ojos!

Consideró que, para salir de donde estaba, sólo tenía un recurso: cavar la tierra haciendo un túnel que lo llevara a algún campo lejano. Como estaba tan estropeado, tropezó con grandes dificultades en su empresa; pero al fin, no sin trabajo, consiguió abrirse un pasaje subterráneo hasta un campo, en cuya orilla había un riachuelo.

Al salir del agujero se encontró con un topo.

—¿De dónde vienes? — exclamó éste, asustado.

—No sé de dónde vengo ni adónde voy, porque he perdido los ojos —gimió Patas Rojas.

—¿Acaso sirven para algo los ojos?—repuso el Topo—. Cabalmente hace unos días me encontré un par preciosos, pero yo no los uso nunca; si los quieres te los regalo.

—Eres muy amable—contestó el pobre Zorro—. Los acepto y muchas gracias.

Patatas Rojas se puso los ojos, y echó a correr, lleno de gozo.

Cruzaba los dominios acuosos de los patos cuando vió a una pata disponiéndose a engullir una Rana. No bien advirtió la llegada del zorro, la gran cobarde emprendió el vuelo, abandonando a la Rana.

—Gracias por el oportuno auxilio que acabas de prestarme—graznó la Rana—; pero, ¿qué se te ha perdido por aquí?

—¡He perdido el rabo! — contestó llorando Patas Rojas.

—¿Sirve para algo el rabo? — preguntó admirada la Rana—. Ha pocos días encontré uno muy hermoso. Te lo regalo, si lo quieres.

—Gracias — contestó Patas Rojas, colocándose el rabo.

Y despidiéndose de la Rana, continuó su camino.



—¿Acaso sirven para algo los ojos?—repuso el Topo.



...y ladrando lastimeramente, emprendió precipitada fuga hacia su casa.

Como empezaba a arreciar el calor, arrancó unos cardos que crecían junto al camino, para hacerlos servir de abanico.

De pronto, al doblar un recodo del camino, oyó un tremendo estrépito, y momentos después tropezó con un burro.

—¡A-a-a-a! — rebuznó éste—. ¡Oh! ¿cuánto quieres por un cardo?

—Abundan por aquí tanto, que poco trabajo ha de costarte tener los que quieras — contestó Patas Rojas, regalándole los que llevaba.

—Muchas gracias — dijo el Burro, aceptando el regalo—. Pero, ¿qué buscas por estos lugares, cargado de cardos y sin comerlos?

—He perdido las orejas, y quisiera encontrar otras—contestó el Zorro, contemplando con envidia las que lucía el Burro.

—¿Son útiles las orejas? — dijo el Burro—. ¡Yo detesto las mías! ¡Con alma y vida te las regalaré, si de algo pueden servirte!

—Eres excesivamente amable — contestó Patas Rojas, apresurándose a colocarse las orejas del Burro, que no le sentaban del todo mal.

Continuó la marcha, y al caer la tarde dió nada menos que con la casa del Perro Vigilante, que se entretenía en molestar más de lo conveniente a un gatito. El soberbio par de orejas que ostentaba Patas Rojas sobresaltó de tal manera al Perro, que, metiéndose el rabo entre las patas y ladrando lastimeramente, emprendió precipitada fuga.

—Estoy muy agradecido a tu bondad—dijo el Gatito a Patas Ro-

—¡Sacos de oro!—contestó Nariz Afilada, para quien no era un misterio la codicia del León.

—¡Sacos de oro!—gritaron los otros doce.

—¿Y tú? — preguntó a Patas Rojas—. ¿Qué traes tú?

—Nada—contestó Patas Rojas—. Soy muy pobre.

—¡Tú eres el primer ministro que busco!—rugió el León, abrazando tan estrechamente a Patas Rojas, que por poco lo asfixió—. ¡Patas Rojas! ¡Te declaro el más sabio de los zorros! ¡Aquí mis servidores!—gritó—. ¡Entregad a este señor trece minas de oro, y engalanadlo con la túnica oficial, distintivo de su elevado cargo, la túnica cuajada de brillantes! ¡Viva mi primer ministro!

Comprenderán ustedes, que la suerte del zorro bobo provocó en sus trece hermanos una tempestad de rabia y de despecho.

—Nosotros hemos proporcionado ovejas al Perro—dijeron los envidiosos—, nieve al Oso, plumas a los Gansos, y también hemos construído para el Lobo una casa soberbia; mientras que este idiota no puede alegar más méritos que haber ido dejando ojos, orejas, dientes y rabo en las aventuras que le han salido al paso. ¡Valiente primer ministro!

—¡Bueno, bueno! — replicó Patas Rojas—. No os guardo rencor, ni pienso haceros ningún daño. Al contrario, como no sabría qué hacer con mis minas de oro, os las regalo a vosotros.

—Las aceptamos—respondieron inmediatamente los trece hermanos—, pero procuraremos alejarnos todo lo posible de este primer ministro, del cual renegamos para siempre. ¡Es el baldón de los zorros!

CAPITULO VIII

El Rey de los cuadrúpedos.

El viejo León no tuvo motivos para arrepentirse de la elección que había hecho, pues mientras vivió, y vivió muchos años más, gracias a los buenos oficios de su primer ministro, el gran Patas Rojas, el Reino de los Cuadrúpedos marchó firmemente y sin vacilar por la vía del progreso, creció en poderío y en riquezas, y fué cada vez más feliz. Sin que nadie atinase con la causa, lo cierto es que el Oso disponía de más nieve que la necesaria; el Lobo edificó siete casas soberbias y llegó a almacenar en su guardarropa un centenar de pares de botas; el Perro apacentaba más rebaños de ovejas que los que podía atender; el Burro encontraba cardos en abundancia; el Gato cazaba ratones hasta lasti-



...la muerte del anciano rey vino un día a poner fin a una prosperidad...

marse; el Topo se puso orondo y lucido, y hasta la Rana se vió libre de las asechanzas de los Patos y de los Gansos, ambos tan sobrados de riqueza que sin que nadie lo exigiese, pagaban al rey continuos tributos. Los que tenían apego al dinero vieron tan repletas sus arcas que, no sabiendo en qué invertirlo, lo fundían en barras para cercar con ellas sus corrales.

Como en este mundo las felicidades no son eternas, la muerte del anciano rey vino un día a poner fin a una prosperidad tan maravillosa.

Viejo era el rey, débil, lleno de achaques y casi ciego, pero, a pesar de eso, todos los cuadrúpedos lloraron a quien por espacio de tantos años había reinado sobre ellos bondadosamente, y lo enterraron con toda la pompa que a su soberana dignidad era debida.

Cuando principiaron a secarse las lágrimas, y la pena cedió el lugar a la reflexión, diéronse cuenta de la necesidad de tener otro rey, y se pusieron a la tarea de escogerlo.

Reuniéronse todos los cuadrúpedos muchas veces, celebraron innumerables consejos, pero nunca lograban ponerse de acuerdo.

Al fin, sometido el asunto a votación, fué elegido Patas Rojas. Esta elección no pudo ser más acertada, porque si Patas Rojas había sido sabio y prudente como primer ministro, lo fué aún más como rey. Volvieron a prosperar sus estados sin que nadie osase alzar la voz contra él, nadie... excepto sus hermanos, que al fin purgaron todas sus cul-

pas; porque, disipado el oro de sus minas y encenagados en toda clase de vicios, cometieron algunos robos que les valieron cómodo alojamiento en la cárcel, donde procuraron desahogar la rabia que los dominaba calumniando a su real hermano.

—Patas Rojas — decía Nariz Afilada — podrá ser un buen rey, sabio y prudente, pero como zorro, ha sido y es siempre un bobo.



Al fin, sometido el asunto a votación fué elegido Patas Rojas. (Pág. 60.)

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
La substituta de Juanita	5
La sonrisa de Diana	9
El Gigante Cristóbal	14
Los Borricos cariñosos.	19
Historia de un cerdo de madera	22
El Cuclillo y los demás pájaros	27
La invención del Oso Blanco.	32
Los Geniecillos del agua	37
El Zorro bobo	41

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Lecturas de la Historia Sagrada
(Vida de Jesucristo).
Episodios de la Historia Sagrada
(Antiguo Testamento).
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Metexete.

Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de
todo el mundo.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de
la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras ra-
zas.
Cómo trabajan y estudian los ni-
ños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.

CUENTOS ILUSTRADOS PARA NIÑOS

VOLUMENES PUBLICADOS

POBRE VIEJECITA
SIMÓN EL TONTO
EL PERRO LADRON
EL LEÓN MELENAS I
EL GATO BANDIDO
EL RENACUAJO BAILADOR
EL GATO PRESUMIDO
MICITA Y MICILLO
LOS TRES GALITOS
CAPERUCITA ROJA
LOS DOS CONEJITOS
LA CENICIENTA
BARBA AZUL
LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE
MICIFUZ EL DE LAS BOTAS
PULGARITO
PIEL DE ASNO
LAS HADAS
EL PERRO CON PIEL DE TIGRE
EL LEÓN, LA ZORRA Y EL GAVILAN
RIQUET EL DEL COPETE
EL ASTUTO PISTOLOGUE
AVENTURAS DE MARMOLILLO
EL SUERO DE MARUJA
YO NUNCA MIENTO
LA TONTA PETRONILA
ARNOLDO Y CESAR
LA CERDA Y EL CERDITO
LOS MONOS BAILARINES
MAMITA
EL PERRO QUE HABLA
EL PERRO DE ANTORITO

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. EL MOLINO DE LOS PAJAROS
2. CORAZONES DORMIDOS
3. FLORES DE JUVENTUD
4. LA VANIDOSA ALICIA
5. EL ESPADACHIN
6. EL HEREDERO
7. LA FUERZA DEL BIEN
8. EL SUERO DE PEPITO
9. JUEGOS Y HAZAÑAS DE ANIMALES
10. CUENTOS DE ANDERSEN (tomo 1.º).
11. CUENTOS DE ANDERSEN (tomo 2.º).
12. LA CABAÑA DEL TIO TOM
13. ROBINSON
14. EL TEATRO DE LOS ANIMALES
15. VERDADES Y FANTASIAS
16. MIMOS DE NIRA
17. EL INSTINTO DE LOS ANIMALES
18. EL AMOR Y LA GUERRA
19. EL PREMIO GORDO
20. UN MINISTERIO DE ANIMALES
21. LA PICARA VANIDAD
22. UN CHARLOT DEL MUNDO AN
23. UN EXPERIMENTO DEL DOCTO
24. UN DRAMA EN LOS AIRES
25. POR MENTIR
26. ROSINA
27. PAQUITO EL EXPLORADOR
28. DESCONOCIDA AVENTURA DE TERESA
PANZA